

_Premio Itaú de Cuento Digital

No hay edad para transformar la realidad

Relatos de Jóvenes agentes de cambio

En Ashoka creemos que todas las personas son agentes de cambio, tengan 12 o 75 años. La capacidad de ponernos en acción para transformar aquellas cosas que nos duelen, nos molestan o no nos gustan de la sociedad no tiene edad. Pero también sabemos que hay algo mágico que sucede cuando las distintas generaciones logran aliarse para cambiar la realidad: esto es lo que se vive en esta colección de cuentos, que a su vez reflejan lo que pasa en todos los hogares, escuelas y barrios de los cientos de jóvenes que participaron de la mención Esther Kolonsky este año. En una sociedad en la que nos cuesta reconocer que todos estamos envejeciendo todo el tiempo, estos cuentos nos invitan a ver como un mundo mejor -también- ya es realidad.

María Mérola - Directora de Ashoka Argentina, Uruguay y Paraguay

Con el Premio Itaú de Cuento Digital estimulamos la participación de escritores y estudiantes del secundario, invitando a la innovación con la creación de un cuento utilizando nuevas tecnologías, rompiendo la estructura lineal de un cuento tradicional. También ofrecemos propuestas gratuitas de formación docente en Narrativas Digitales. Nos acompañan en la convocatoria UNESCO, OEI, PNUD, fundación Santillana, Educ.ar, y organismos gubernamentales educativos nacionales y provinciales de los tres países en los que rige la convocatoria (Argentina, Paraguay y Uruguay). La alianza con Ashoka ha sido en este sentido esencial para aumentar el interés y la variedad temática del concurso, superando los 4.000 cuentos participantes.

José Pagés - Presidente de Fundación Itaú

Es alentador notificarse que numerosos jóvenes se sintieran motivados a tender puentes con otra generaciones resaltando un sinnúmero de estímulos o factores que los impulsaron a expresar por escrito los momentos, recuerdos, sentimientos, enseñanzas, acompañamientos, ejemplos que dejaron impronta en sus memorias y vidas

Natan Gotlib - Esposo de Esther Kolonsky

Es muy gratificante presenciar que los adolescentes escriban sobre otras generaciones y, de esa manera, puedan generar una conexión más fuerte a través de un relato o de un recuerdo que permanecía en su memoria. Es un homenaje perfecto para mi abuela que me enseñó y me quiso mucho.

Mila Gotlib - Nieta de Esther Kolonsky



_Premio Itaú de Cuento Digital

No hay edad para transformar la realidad

Relatos de Jóvenes agentes de cambio

No hay edad para transformar la realidad



ORGANIZAN



Itaú Fundación

APOYAN



Fundación Santillana

ASHOKA
(Compilador)

NO HAY EDAD PARA TRANSFORMAR LA REALIDAD

Relatos de jóvenes agentes de cambio

Ashoka - Natán Gotlib - Iara Schusman - Ludmila Trezza -
Thiago Zoppi - Victoria Marilina Fernandez Salgueiro - Victoria
Lombisano - Milagros Balbuena - Clara Díaz Guiñazú - Pilar
Collazo - María Margarita Priore - Nevil Ridiero - Melina Baez -
Valentina Constanza Charlotte Carral Cruz - Karen Ayala - Raquel
Roldan - Agustina Irigoitia - Joaquín Guzmán - Lucía Saucedo -
Morena Hidalgo - Julieta Azcurra - Daira Aguilar - Agustina
Ronchi - Lucía Fiorella Perotti - Sol Rodríguez Maiztegui



Buenos Aires
2022

Contenido y corrección a cargo de el/los autor/es.

Diseño e Ilustración de tapa: Evelyn Kandin Geler @ekgportofolio.

Módulo Didáctico: Sol Rodríguez Maiztegui.

Diseño de Módulo Didáctico: Evangelina Castelvetri.

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

© 2022 Ashoka (Compilador)

e-mail: @.com.ar

ISBN en trámite

PREMIO CUENTO DIGITAL FUNDACIÓN ITAÚ

MENCIÓN

“ESTHER KOLONSKY – ASHOKA”

Índice

Índice.....	7
Introducción - Ashoka y Natan Gotlib.....	9
Prólogo - Sol Rodríguez Maiztegui, Jimena Zurschmitten y Magdalena Saieg	13
Anhelo de locos - Iara Schusman.....	17
Postales reveladoras - Ludmila Trezza.....	23
Londres - Thiago Zoppi	27
Chocolates y rosas - Victoria Marilina Fernandez Salgueiro	29
En esta vida o en otra - Victoria Lombisano.....	33
Las abuelitas de acero - Milagros Balbuena	37
No hay edad para triunfar - Clara Diaz Guiñazú, Pilar Collazo y María Margarita Priore	39
El bar de Tito - Nevil Ridiero.....	43
El Abuelo - Melina Baez	45
Fin del mundo - Valentina Constanza Charlotte Carral Cruz	47
Cartas a un abuelo en cuarentena - Karen Ayala	51
Sobrevivir al olvido - Raquel Roldan.....	55
El 60 - Agustina Irigoitia	59
Sin esperanzas - Joaquín Guzman	63
Abuela - Lucía Saucedo	65
A dónde fue el abuelo - Morena Hidalgo.....	69
La plaza de Carlitos - Julieta Azcurra.....	71
Visibilizadas - Daira Aguilar	73
Furia - Agostina Ronchi.....	75
El problema está en la intolerancia - Lucia Fiorella Perotti	79
Módulo didáctico: pensar en la vejez - Sol Rodríguez Maiztegui	83
Acerca del jurado... ..	109

Introducción

POR ASHOKA

Concurso de Cuento Digital Fundación Itaú Mención “Esther Kolonsky – Ashoka”

No hay edad para transformar la realidad Relatos de Jóvenes Agentes de Cambio

¿Por qué un concurso de cuentos sobre este tema?

Desde *Ashoka* estamos convencidos de que todos los y las jóvenes son *agentes de cambio*; solo es cuestión de acompañarlos y apoyarlos en su propósito, brindándoles oportunidades en las que puedan desplegar todo su potencial. Espacios en los que la *empatía* sea una habilidad común a todas las personas, en los que se respire *colaboración*, en donde estén dadas las oportunidades para ponerse en acción por el *bien común*.

Por primera vez en la historia, hay más personas mayores de sesenta y cinco años que menores de cinco. No hay un aspecto de nuestras vidas y economías que no se vea afectado por este Gran Cambio. ¿Cómo podemos mantener una vida sana y con propósito a medida que envejecemos? ¿Cómo revertimos la segregación por edad y abordamos la epidemia de soledad que afecta a todas las generaciones? ¿Cómo acompañamos también a las personas mayores a que se reconozcan a sí mismas como agentes de cambio?

La innovación verdadera está en derribar los muros que nos alejan como personas, en construir *equipos de equipos* que trabajen de forma mancomunada, sin importar las diferencias, sino por el contrario valiéndose de ellas y complementándose unos con otros.

Por eso hemos llevado a cabo este concurso de cuentos, dirigido a adolescentes y educadores. Porque intentamos que a través de la litera-

tura también puedan transmitir estas ideas, dándole vida y voz a personajes que nos invitan a pensar en este nuevo mundo, y a repensarnos en él. En estas páginas encontrarán solo algunos de los cuentos presentados, pero queremos felicitar especialmente a cada uno y cada una de quienes se animaron a volcar sus emociones y sentimientos en una hoja y compartirlos a través de este concurso. ¡GRACIAS!

Un agradecimiento especial a El Club de la Porota, que de la mano de su creadora Sol Rodríguez Maiztegui, experta en longevidad y vejez y jurado de este concurso, ha co-creado un módulo didáctico que trabaje en profundidad la temática y que sirva de herramienta para estudiantes y docentes. Gracias a la Fundación Navarro Viola por apoyar la incorporación de este módulo y a la Fundación Santillana por acompañarnos en la distribución de este libro. Y por supuesto, gracias a la Fundación Itaú, que nos permite una vez más ser parte de este hermoso concurso de Cuento Digital. Definitivamente, entre todos, ¡hacemos un gran equipo de equipos!

Confiamos plenamente en que cada cuento es un mundo por descubrir y que con la ayuda de las actividades lúdicas e inmersivas en cada página encontrarán un nuevo aprendizaje. El objetivo es seguir pensando, reflexionando y construyendo un mundo en el que todas y todos, no importa nuestra edad, seamos AGENTES DE CAMBIO.

Acerca de ASHOKA...

Ashoka es una organización global que, desde hace 30 años, impulsa un nuevo paradigma en el que todas las personas se reconozcan como agentes de cambio para construir un mundo mejor. Para esto facilita puentes entre distintos actores de la sociedad: personas, organizaciones sociales, universidades, empresas y sector público con el propósito de estimular procesos de impacto que tiendan a un mundo más inclusivo y sustentable. Más información en www.ashoka.org

Acerca de Esther Kolonsky...

Esther fue mi compañera de vida durante más de medio siglo. Su compañía, comprensión, compromiso, ideales compartidos y motor, fueron estímulos para movilizarme en la consecución de mi desarrollo profesional, institucional, y personal, superando obstáculos en el largo camino de la vida, que nunca es una ruta pavimentada. Amalgama, guía, alma mater para consolidar nuestro hogar y lograr en nuestros hijos, personas íntegras, honestas, solidarias y principalmente “humanas”. En nuestras charlas nos deteníamos a pensar en las muertes inútiles por guerras y los muros artificiales que dividían a las personas por nacionalidad, raza, religión, color, política, nivel económico o identidad sexual y en cuán felices seríamos, si se anularan esas antinomias y viviéramos en paz. Decidimos que el homenaje a Esther, maestra en el aula y en la vida, no sería ni una lápida ostentosa, ni discursos con alabanzas y frases grandilocuentes; sino esta convocatoria a que los jóvenes y los docentes reflexionen en que todos tenemos un origen común y que existe sólo una raza: “la Humana”. Si logramos este propósito, aún en una ínfima parte, el concurso cumplirá sus propósitos. Estamos seguros de que mi mujer se sentiría orgullosa, complacida, satisfecha y aprobaría. Creemos que este concurso es una forma adecuada de homenajearla y recordarla.

*Hasta nuestro próximo encuentro,
Natán Gotlib*

Prólogo

POR SOL RODRÍGUEZ MAIZTEGUI

Miembro del jurado

Estamos viviendo un hecho inédito, jamás visto en la historia de la humanidad: el fenómeno del envejecimiento poblacional. Según la ONU, para el 2050 habrá en el mundo más personas mayores de 60 años que menos de 15. La vejez no es algo que le sucede a las personas mayores del presente. Envejecer es un proceso asociado a la vida: envejecer es vivir, vivir es envejecer. Por eso, me gusta enfatizar en la idea de que todos somos personas envejecientes. No nos convertimos en mayores de un día para el otro. El envejecimiento es un proceso y en consecuencia un proceso que nos atraviesa sin distinción de edades. También es una verdadera conquista de la ciencia, de la medicina y de las políticas de cuidado y prevención. Que hoy podamos proyectarnos viejos, viejas (me gusta utilizar estas palabras sin eufemismos) es un logro. Sin embargo, estamos siendo testigos de una gran paradoja: deseamos vivir muchos años, pero no queremos envejecer. Para comprender estas contradicciones, quizá tengamos que buscar algunas respuestas en la cultura viejista, estereotipada, prejuiciosa en la que estamos inmersos. Una cultura de la inmediatez, del descarte que nos promete la vida eterna y en ese afán intenta borrar las huellas del paso del tiempo. Una cultura que mira a las personas en función de las representaciones que ha construido alrededor de los cuerpos, como si fuésemos sólo objetos de consumo; moldeables y susceptibles de ser intervenidos para responder a los ideales de belleza en los que casi la mayoría de nosotros no cabemos. Por eso las canas, las arrugas o instrumentos de apoyo que creamos con el objetivo de promover la autonomía y bienestar personal: audífonos, bastones, andadores, sillas de ruedas, etc. tienen mala fama. En el siglo del envejecimiento poblacional, está prohibido envejecer.

En este contexto, es imprescindible promover iniciativas como las que impulsa Ashoka junto a fundación ITAÚ en el marco del concurso

de cuentos “Esther Kolonsky”. No sólo porque alienta a que los más jóvenes contacten con una etapa de la vida que parece lejana, sino porque es una primera invitación a mirarse. Los jóvenes nacidos en el siglo XXI podrán proyectarse centenarios. Por ello es importante que envejezcan sin mirar a la vejez como “eso” que nunca les sucederá; con miedo y prejuicios asociados a las pérdidas, el deterioro, la soledad y enfermedad o a roles que no necesariamente representan a las personas de 60, 70, 80, 90, 100 años como puede ser el del abuelazgo. Les aseguro que la producción cultural actual no refleja ni en un 10% la belleza, la potencia, la creatividad, los deseos que habitan en las personas mayores. Necesitamos más películas, más cuentos, más novelas, más cortos, mucho más arte... en el que poder vernos y sentir que envejecer es un proceso atravesado por múltiples miradas, contextos y situaciones que lejos de fragilizarnos, nos empodera y permite descubrir nuevas formas de ser y estar en el mundo. Necesitamos más jóvenes que asomen su nariz a un universo inexplorado, que se animen a imaginarse ¡viejos, viejas! Que doten de poderes fantásticos a las arrugas y a las canas.

Gracias por permitirme ser testigo de un prometedor comienzo. Felicito a todos los jóvenes que se animaron a participar.

¡Mis mejores deseos hoy y siempre envejecientes!

POR JIMENA ZURSCHMITTEN

Miembro del jurado

Leer todos los textos enviados fue un gran honor y orgullo, un aliento de esperanza y una bocanada de aire puro. Gracias a todos los participantes por deslumbrarnos con sus textos y por atreverse a compartirlos. Creo que el tema “La vejez” para los textos es un punto muy interesante, que puede ser muy rico para la evolución de la persona, la perspectiva sobre el adulto mayor y su bienestar. Por último, gracias Ashoka por permitirme ser parte de este gran proyecto. ¡Por muchos más!

POR MAGDALENA SAIEG

Miembro del jurado

Para la Fundación Navarro Viola ha sido un enorme placer sumarnos como jurado en la edición 2021 del concurso de cuentos y participar de esta publicación. Destacamos especialmente que la temática del envejecimiento sea trabajado con jóvenes y que sea abordada desde una mirada positiva como la que propone la mención especial Esther Kolonsky, al reconocer especialmente los cuentos que tengan como protagonistas a personas mayores activas y con espíritu de transformación de su entorno. Sin dudas hablar de vejez de esta manera es fundamental para erradicar el viejismo y los prejuicios de la sociedad en contra de los mayores.

Invitamos especialmente a quienes hoy cuentan con este material a que puedan aprovecharlo para reflexionar y trabajar con jóvenes sobre este tema, de una manera práctica y dinámica tal como se propone en la publicación. Felicitaciones nuevamente a los jóvenes que participaron, a Ashoka y a Fundación Itaú por abordar la temática y a nuestra querida Porota por ayudarnos siempre a pensar la vejez de una manera distinta.

Anhelo de locos

POR IARA SCHUSMAN

–Es curioso cómo los jóvenes se interesan tanto por sus aparatos electrónicos – gruñó Martín con una mueca de disgusto mientras depositaba su café sobre la mesa, provocando un estruendoso ruido.

–Tal vez te resulte llamativo porque nunca has agarrado un celular moderno en toda tu vida. Realmente son muy interesantes y tienen miles de funciones serviciales. Hasta estoy aprendiendo a crear mis propias páginas web gracias a uno – le contestó Juan con un aire divertido.

Aquella tarde de verano varios médicos y trabajadores en el ámbito de la salud ya jubilados, que habían desempeñado sus puestos juntos en un pasado, tomaron la iniciativa de reunirse para ponerse al tanto de sus últimas novedades.

Al parecer las vidas de todos se habían tornado monótonas, cosa que Juan, (cirujano retirado), no toleraba.

–Nunca vas a encarar la realidad, ¿cierto?– inquirió Martín con un tono amargado – tenemos 73 años, no 22. Ya es hora de que te conformes con nuestro rol en el mundo.

–¿Encarar la realidad?, ¿de qué hablas?– preguntó Juan, aunque podía prever la respuesta.

–No actúes cómo si no supieras. Ni yo sigo realizando revisiones médicas ni tú sigues haciendo cirugías. Ya condenamos nuestro cerebro y nuestros músculos demasiado tiempo. Yo si fuera tú dejaría de interesarme por semejantes estupideces – Martín agarró el periódico más cercano a él y hundió su cara en este, dando a entender que no tenía intención de continuar con aquella conversación.

Juan no comprendía cómo su excompañero de trabajo podía rehusarse de tal manera a incorporarse en un mundo tan maravilloso cómo lo era la tecnología. Supuso que esto se debía a su carácter tan terco y prejuicioso. En su opinión, si de verdad Martín y más gente cómo él se

abrieran al mundo de la programación, definitivamente cambiarían de opinión al instante.

El rostro del viejo cirujano se iluminó, y con una sonrisa radiante añadió:

–Puedes pensar lo que quieras, pero te demostraré a ti y a todos los demás que somos mucho más que unos viejos oxidados...

Juan se tomó en serio aquella frase pronunciada hace un par de días atrás: no perdió tiempo y se inscribió al instante en un curso de programación, tecnología e informática disponible para todas las edades.

Agarró su chaqueta, bolso y gafas y se dirigió caminando de manera calma al lugar dónde se impartiría el curso.

Al llegar, saludó cordialmente a los demás individuos y tomó asiento en una silla disponible. En cuestión de instantes, variados murmullos impregnaron de incomodidad el ambiente:

–¿Qué hace ese viejo aquí? El debería estar preparando su tumba en vez de asistir a un curso así– comentó un hombre de no más de 40 años.

–¡Tienes toda la razón!, creo que se tomó muy en serio lo de “curso para todas las edades”– añadió una mujer con el ceño fruncido.

Juan hizo caso omiso a aquellos comentarios. Se limitó a guardar silencio mientras esperaba a que el profesor encargado de dar la clase arribara.

El día concurrió sin nuevos imprevistos. La clase transcurrió de manera serena, pero para el cirujano retirado significó mucho más que una simple charla: aquel día había cumplido uno de sus mayores anhelos. Por la noche, cuando Juan se disponía a dormir, decidió chequear su celular por si había alguna novedad.

El brillo del dispositivo contrastaba con la oscuridad que se expandía por todo su dormitorio. Entrecerró los ojos para adaptarse a la luz, haciendo una mueca de disgusto. Fue entonces cuando, al enfocar su vista en el pequeño dispositivo, los leyó.

Tres mensajes parpadeantes escritos por adultos de su edad; todos interesados en estudiar tecnología e informática para contribuir con la

sociedad tan digitalizada. Aquellas gratificantes noticias lograron sacar una amplia y brillante sonrisa en el rostro de Juan.

Podría parecer un motivo insignificante para alegrarse a tal punto, pero para él aquellas eran las noticias que había estado esperando desde hace muchos años. Eran el “algo” que llenaba un trocito de su corazón.

Resplandeciente de dicha, quedó en encontrarse con aquellos señores al día siguiente y así poder hablar sobre proyectos, ideas, esperanzas, y mucho más...

Cómo era de prever, el señor de 73 años se levantó de muy buen humor. Bailando y tarareando una canción de los sesenta, se preparó para el tan deseado encuentro.

Revisó en su celular el punto de encuentro que había acordado con los otros, y se encaminó hacia dicho sitio.

Cuándo llegó pudo divisar a dos hombres de aspecto tranquilo y a una mujer con las mejillas rosadas a causa del rubor aplicado.

Al haber identificado a sus “compañeros de tecnología”, Juan se arrimó a ellos haciendo un gesto de saludo con la mano.

–¡Al fin estás aquí!, creíamos que nos íbamos a morir antes de que llegarás– refunfuñó la señora.

–Solo demoró unos 10 minutos, podría haber sido peor– contestó uno de los hombres con indiferencia.

–Cada minuto es oro, en especial cuando se llega a esta edad– opinó el otro señor.

–Lamento mucho mi atraso, la ciudad estaba más concurrida que de costumbre– añadió Juan sin más– por lo que me enteré, están interesados en la tecnología, ¿o me equivoco?

–Ya me cansé de ser considerada una inútil solo por tener unas décadas más que los demás– le dio la razón la mujer con una mueca de disgusto.

–En efecto– asintió otro– mi nombre es Gonzalo, un gusto conocerlos.

–El placer es todo mío. Yo me llamo Juan– se presentó el cirujano.

–Yo Sarah– comentó la señora–.

–Y yo Ronaldo– concluyó con las presentaciones el otro de los hombres.

Todos guardaron silencio por unos instantes, procesando la información recibida.

–¿Cómo consiguieron mi número de teléfono?– cuestionó Juan.

–Te vimos saliendo de aquel curso, y nos llamó tanto la atención que decidimos pedirle a los encargados de impartirlo que nos dieran una vía para hablar contigo.

–¿Por qué habría de llamarles la atención haberme visto ahí?

–Bueno... tú sabes. La gente interesada en esa clase de cursos suele ser más... eh... joven.

–Comprendo– contestó Juan con el ceño inexpresivo.

–¡No creas que esa realidad nos agrada!– saltó Gonzalo– simplemente no es muy común ver a alguien mayor metido en estos asuntos.

–Haría lo que sea por crear una aplicación o programa y ser reconocida por ello– murmuró Sarah con tono soñador.

–¿¡Y quién dice que no podemos!?!– inquirió de golpe Juan, cómo si de pronto se hubiera despertado de un largo sueño.

–¿¡Te has vuelto loco?! , ¿¡quién nos tomaría en serio?!– gritó Ronaldo con desesperación.

–Nadie... por ahora.

–¿Qué planeas hacer?– preguntó Sarah con el ceño fruncido.

–Precisamente lo que dijiste, crear una aplicación.

–¡Es una locura!

–¿Qué es la vida sin locuras?– exclamó Gonzalo con voz melancólica– Yo estoy contigo.

–Basta de rodeos, yo también me sumo– concluyó Ronaldo.

–¡Bien!, ¡me convencieron, yo también ayudaré! Pero sigo pensando que esto es una reverenda estupidez– rezongó Sarah.

–¿De qué podría tratarse la aplicación?– dijo Gonzalo pensativo.

–Creo que tengo una idea... – respondió Juan con un aire misterioso.

Cuando quisieron recordar, el grupo de los cuatro adultos había acabado con su proyecto. Con tan solo una semana de trabajo y dedicación, lograron desarrollar una aplicación capaz de detectar enfermedades al agregarse sensores en el dispositivo que se estuviera empleando.

Todos resultaron muy satisfechos con el resultado final, y ninguno pudo evitar sonreír al probar el funcionamiento de su invento.

Muy pronto, la gente se enteraría de quiénes fueron los creadores de aquella maravilla que se estaba volviendo tan popular...

Postales reveladoras

POR LUDMILA TREZZA

Estaba deseosa de poder llegar a su casa. Después de pasar horas viajando en lo que fue una larga y agotadora travesía, finalmente arribaba a la tierra que la había visto nacer, y que después de 65 años, la vería partir. Pero obviamente no iba a ser la misma al llegar. Siempre subestimó la popular creencia de que uno vuelve de los viajes siendo otra persona, ya que realmente nunca había hecho uno que le hubiera provocado ningún sentimiento digno de destacar, ni siquiera el más mínimo deje de euforia momentánea. Hasta la semana pasada.

Todo comenzó cuando al perderse en un tour –el guía no había aclarado demasiado bien el punto de encuentro– llegó a un barrio en las afueras de un pueblo remoto, desprovisto de cualquier servicio o bien al que nosotros consideraríamos normal. Como era una persona carente de espíritu aventurero, ni bien se percató de haberse perdido, intentó buscar a alguien que pudiera ayudarla y volver a su hotel lo más pronto posible. Afortunadamente una señora la guio hasta su hotel, después de todo era el único de la zona y estaba acostumbrada a guiar y consolar a turistas desorientados.

Muy agradecida, intentó expresarle su agradecimiento, pero la amable señora no hablaba español, así que simplemente hizo los gestos internacionales para expresarlo: una sonrisa y un asentimiento con la cabeza.

Luego de tamaña experiencia, Ángela se encontraba exhausta, pues no estaba acostumbrada a vivir este tipo de peripecias. La caminata fue larga y ya no era la misma de hacía algunos años, aunque odiaba admitirlo. Decidió callar abruptamente sus pensamientos y llamar al guía de turismo que –en parte, pensaba– era el responsable de la situación. Éste se mostró totalmente consternado y no le alcanzaban las palabras para disculparse, ofreciéndole nuevamente otro tour –esta vez gratuito– para compensar los contratiempos ocurridos. Pero esta vez sería en un circuito muy diferente, y que sin saberlo marcaría para siempre su destino.

Al subir al colectivo que la llevaría a un nuevo recorrido, se encontró con personas de su misma edad, pero a diferencia de ella, todos se mostraban muy animosos de emprender aventuras. Charlaban acerca de lo mucho que les emocionaba hacer trekking y acampar, sobre todo en el medio de la noche, donde hacer fogatas se volvía casi una obligación, al igual que contar historias de terror para contribuir al armado de la respectiva atmósfera de misterio. Ángela los escuchaba muy atenta y se preguntaba internamente como era posible que tuvieran tanta energía. Se quedó pensando en esto durante varios minutos, tratando de encontrar en su memoria algo que alguna vez le hubiera despertado pasión o interés... pero no encontró nada demasiado relevante, y se limitó a mirar por la ventanilla los hermosos paisajes que el lugar tenía para ofrecerle.

Fue en una etapa del recorrido donde los paisajes se tornaban cada vez menos bonitos, cuando se dio cuenta de que el chofer había tomado la ruta equivocada debido a una falla del GPS, y que estaban perdidos. El grupo de personas mayores estaban más que conformes y aprovecharon la situación como excusa para recorrer el área en busca de alguna aventura. Mientras tanto, Ángela estaba preocupadísima, no tanto por el hecho de haber quedado varados en el medio de una ruta desierta, sino más bien por la poca pintoresca postal que sus ojos grababan, y por el contraste que ésta tenía con la que había comprado en aquel punto turístico, y con las que había tomado con su cámara el día anterior.

La contaminación azotaba a aquel pueblo de una manera atroz, solo que los turistas nunca iban más allá del centro de éste, y eso quería decir que probablemente nadie iba a enterarse de lo que allí estaba ocurriendo. La gente se llevaría de ese lugar fotos inéditas de lo que era casi un paraíso, pero nadie iba a enterarse de que en las afueras de ese “paraíso” las cosas eran muy distintas, y que la pobreza y la contaminación condicionaban la calidad de vida de sus habitantes.

Por primera vez en su vida sintió impotencia, y decidió que tenía que hacer algo. Ante estos nuevos sentimientos que le afloraban atinó a sacar su celular, y luego de borrar todas las fotos que había sacado anteriormente, decidió ocupar esos megabytes de memoria con la realidad que estaba viendo, tomando fotos no solo de los espejos de agua casi

verdes por la contaminación, sino también de la cantidad de basura que plagaba los montes y de la precariedad de los hogares de sus habitantes.

Más tarde, al volver al hotel, creó un blog y posteó allí todas las fotos que había sacado con su celular, que en total eran más de 53. Desde varios ángulos y con diferentes tonalidades, todas esas postales evidenciaban aquella realidad que Ángela había presenciado y que quería compartir con más gente.

El día posterior a la publicación, el contenido se hizo viral –gracias a un periodista que de casualidad lo encontró y lo difundió– y miles de personas la contactaron, ofreciéndose a ayudar y a hacer algo al respecto. Otras querían hacer donaciones o bien asesorar legalmente por lo que se podría hacer para ayudar a estas personas, y para recuperar y revertir los daños del ambiente que estaba siendo contaminado.

Sin embargo, ella sabía que su trabajo no terminaba allí, sino que recién empezaba: fundó una organización que se ocuparía de juntar fondos y reunir a todas las personas que estaban deseosas de ayudar. Además instalaría una planta recicladora que no solo disminuiría la contaminación, sino que también generaría puestos de trabajo para sus habitantes.

La decisión fue definitiva y hecha con mucho anhelo y convicción: se mudaría a ese pueblo para poder dedicarse enteramente a esa causa que tanto la había movilizado, y que le daría un nuevo sentido a su vida.

Además, ya que el turismo había crecido mucho y la mayoría de los visitantes provenían de países de habla hispana, muchos habitantes del pueblo estaban estudiando español. Esto generó un plus para Ángela, ya que ahora podría dirigirse a la señora que muy amablemente la guió hasta su hotel aquella vez, y agradecerle aquel acto de generosidad, ya no con gestos pero con palabras. Y claro, también compartir una merienda y hablar del futuro de aquel pueblo, ya que ahora iban a ser vecinas.

Londres

POR THIAGO ZOPPI

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3r1EGtl>

Chocolates y rosas

POR VICTORIA MARILINA FERNANDEZ SALGUEIRO

Era un sábado por la tarde, como cada 27 de junio decidí comprarle un ramo de rosas blancas y unos chocolates, cuando estaba regresando a su casa un grito me sacó de mis pensamientos.

–¡CUIDADO!– Gritó el hombre

Sentí un golpe en mi espalda, era uno de esos dolores que no se pueden describir. No sabía que era peor, si ese golpe o el no poder darle las rosas y los chocolates que tanto le gustan. Todo se oscureció. Desperté en mi casa, en el instante en que abrí mis ojos sentí ese olor característico a humedad, ¿habrá sido solo un mal sueño?, no le di mucha importancia. No tardé en detectar otro aroma, parecían... jazmines.

–Mis favoritas–pensé, no recordaba haber comprado jazmines, de seguro venía de la vecina del 2do piso. Antonia era una florista excelente, traía un ramo de flores distinto cada semana, yo las admiraba desde mi balcón, podía oler su maravilloso aroma, era uno de esos que reconfortan al alma.

Me levante de la cama, me puse mi traje beige con un moño negro y salí a caminar para despejar mi mente. Me dolía un poco la espalda, pero, de seguro es la edad, después de todo uno a los 78 años se va desgastando. Me detuve en el parque, había una pareja junto a sus dos hijos. Que recuerdos, parecía que fue ayer cuando mis hijos jugaban en este mismo lugar. Julián y Luca, mis hijos, dos personas maravillosas. Ayer me prometieron que el lunes íbamos a ir a la feria urbana, de solo pensarlo me emociono, nada más lindo que pasar tiempo con las personas que amas.

Luego de unos minutos continúe con mi caminata, decidí pasar por la puerta del trabajo de Luca. Parecía que él no estaba, así que seguí de largo, pero de pronto oí un ruido en la parte de atrás del local. En el instante en que lo vi, me di cuenta de que estuvo llorando. Siempre que lo hacía su cara se ponía roja totalmente, como un tomate.

—Seguro se peleó con Lidia— era algo que ocurría muy frecuentemente, estoy seguro de que en el fondo están hechos el uno para el otro. Todos tenemos peleas con nuestras parejas, incluso yo, pero siempre terminábamos aclarando lo sucedido y todo terminaba de maravilla. Estuve a punto de acercarme a consolarlo, pero decidí no interferir.

Camine y camine hasta llegar a la escuela donde yo asistí de joven. Casualmente estaban saliendo los niños, me quedé viendo a uno que llamó mi atención, ¡Qué bonito! le estaba entregando a una de sus compañeras una florcita. Me recuerda a mí en mi juventud, como olvidar el día en que me le declaré, fue a la salida del colegio, ella me respondió con una sonrisa y un beso en el cachete.

Continué con mi recorrido, no pude evitar pasar por la iglesia. Por un segundo me pareció volver a verla, con ese vestido blanco immaculado que tanto me gustaba. El día de nuestra boda estaba muy nervioso, caminaba de aquí para allá, pensando en todas las cosas que podrían salir mal. El momento llegó, al verla entrar por esa puerta todas mis preocupaciones desaparecieron. Solo estábamos ella y yo. Como era de esperarse, todo salió de maravilla y al cabo de unos meses tuvimos a Julián. Ese día fue sin duda uno de los mejores de mi vida, esa cosita, tan chiquita y frágil, mi hijo.

Comenzaron a salir un par de lágrimas de mis ojos, esos recuerdos me generaban mucha emoción y nostalgia. En mi camino me topé con una funeraria, estaban velando a alguien. En el cartel ponía “Roberto, amado padre”, intenté leerlo. Parecía que decía Roberto, mi nombre, pero no, eso no era posible. No podía ver bien, había olvidado mis lentes en la casa, que despistado. Había un montón de gente allí. Decidí seguir de largo, nunca me gustaron los funerales, ver a tanta gente llorando y no poder hacer nada para consolarlos me generaba mucha más angustia.

Ya se estaba atardeciendo cuando de pronto la vi, esta vez sí. Era ella, mi esposa. No pude contener mi emoción, las lágrimas corrían por mis mejillas nuevamente, hace 4 años que ella había fallecido.

—Feliz aniversario, no pude conseguirte las rosas y los chocolates que tanto te gustan, te extrañe muchísimo, tengo mucho que contarte— le dije.

Ella soltó una sonrisa, y dijo:

—Vamos, acompáñame—

Asentí con la cabeza y tomé su mano, estaba fría, pero en ese momento lo único que me importaba era quedarme a su lado y no soltarla nunca.

En esta vida o en otra

POR VICTORIA LOMBISANO

Siento escalofríos cuando el frío de la habitación roza mis piernas desnudas. La anestesia empieza a hacer efecto, mis pensamientos comienzan a detenerse al concentrarme en la voz del cirujano el cual está contando en cuenta regresiva. Su voz me da paz, pero esa tranquilidad desaparece cuando mis ojos se abren involuntariamente y noto que uno de los cirujanos ha fijado su mirada en la mía. No digo nada ya que sigo adormecida.

–¿Estás lista?

–¿Para qué? Hace una pausa.

–Para morir.

En ese momento, mi cuerpo siente todo luego de no haber sentido nada y mi respiración se agita. En mis 86 años, nunca había conocido a una persona con tan poco filtro.

Antes de que me dé cuenta ya no estoy en el quirófano, estoy en una habitación completamente blanca y a lo lejos veo a un hombre. Algo me dice que es el mismo doctor que anunció mi muerte pero al acercarme veo la cara de Ryan Gosling.

Mis pensamientos son interrumpidos cuando él habla:

–Soy Guillermo, tu ángel de la guarda y te he estado cuidando toda tu vida. Te estarás preguntando “¿Por qué mi ángel de la guarda tiene la cara de Ryan Gosling?” Bueno, conociendo cuánto te gusta, decidí tomar su cara prestada, ya verás que nosotros los ángeles no tenemos cuerpo propio.

No me muevo. Mi cuerpo sigue en shock.

–Mi querida Elena, ha llegado tu día. En este mismo momento tu cuerpo sigue estando en el quirófano mientras tu alma está aquí conmigo. En exactamente 1 hora tu corazón va a dejar de latir, es por eso que te traje aquí. En esta última hora, tenés la posibilidad de viajar hacia el

pasado y antes de despedirte de tu vida por siempre se te permitirá vivir los 4 momentos más felices por 12 minutos cada uno. Sin embargo, tú no sabrás cuáles son esos momentos hasta que los revivas.

–Pero... ¿Me encontraré con mi yo del pasado como en las películas?

–No, lo que ocurrirá es que tu alma de 86 años podrá ocupar tu cuerpo del pasado. Ahora bien, debés saber que hay una sola regla del viaje en el tiempo y es esencial que no la rompas, hagas lo que hagas no hables. Si hablas eso podría tener grandes consecuencias, pero no te preocupes porque hasta hoy nadie ha dicho nada ya que los recuerdos no requieren de palabras para disfrutarlos.

–Pero, ¿mis acciones no tendrán consecuencias?

–Mira Elena, yo te he estado protegiendo toda tu vida, por eso más que nadie sé que amás tanto tus recuerdos que no tenés ninguna razón para cambiarlos.

Una sonrisa se escapa de mis labios.

–¿Cuándo puedo empezar?

–¡Esa es la actitud! En 2 segundos una puerta aparecerá a tu lado, solo ábrela e iremos juntos a tu primer recuerdo.

Antes de que pueda responder, la puerta ya se encuentra a mi lado, dudo en abrirla pero luego recuerdo que estos son mis últimos momentos viva y no pierdo más tiempo.

Al abrirla una luz blanca me encandila y en cuestión de segundos me encuentro en Italia, 1945. Estoy sentada en una silla con tres patas dentro de mi primera casa en el pueblo de Corigliano Calabro, lágrimas caen repentinamente de mis ojos al escuchar por la radio que la guerra acabó. Mi hermanas saltan de alegría y mi madre nos abraza como nunca lo había hecho.

Es ahí cuando me doy cuenta que no la veo hace 65 años y trato de disfrutar este momento lo más que pueda. Sus abrazos me hacían sentir en paz, nada podía pasarme mientras yo esté ahí con ella. Mi mayor miedo se había vuelto realidad y había olvidado lo que era sentir el tacto de mi madre. Por una última vez pude volver a sentir ese amor materno que no había sentido hace tanto.

Lamentablemente, como dijo Guillermo esto solo duró 12 minutos y ya era hora de seguir al siguiente recuerdo. Guillermo señaló la puerta de mi vieja habitación y nos dirigimos a ella. Esta vez nos encontrábamos en el cine, era 1946 y por primera vez experimenté el sentimiento único de ver una película en una sala de cine. Proyectada en la pantalla estaba Ingrid Berman junto a Cary Grant en el filme de Notorious, obviamente al tener solo 12 minutos no vimos la película entera pero sí llegamos a ver mi parte favorita. El final, es ahí donde se reencuentran, él le confiesa su amor y la lleva al hospital ya que ella había sido envenenada. La manera en la que los actores manifiestan su vulnerabilidad siempre me cautivó pero la mejor parte de ver el final de una película en el cine son los aplausos de la gente, todos conmovidos por la historia de amor. Es ahí cuando con ese sentimiento de nostalgia en el pecho luego de volver a la realidad nos dirigimos a la salida del cine. Antes de cruzar las puertas Guillermo me dice:

–¡Ya vamos por la mitad!

–No sé si estoy lista para morir. –admito tristemente.

–Nadie está listo para morir Elena, es por eso que hacemos este viaje para que veas lo extraordinaria que fue tu vida. Muchas veces ustedes los humanos están tan perdidos en el ritmo de la tierra, pensando que es una carrera a la que deben llegar primeros, que se olvidan lo significativos y hermosos que pueden ser los momentos pequeños.

Me dirigí a la puerta sin entender mucho.

Al cruzar, lo primero que escucho son llantos y un gran dolor muscular en todo mi cuerpo le sigue. Es 3 de Octubre de 1963 y mi hija Mónica acaba de nacer, definitivamente este es uno de mis recuerdos favoritos. Sus ojitos curiosos me miraban mientras la amamantaba y si bien pude revivir mi felicidad también reviví ese miedo. Recuerdo querer proteger a ese bebé con mi vida. No sabía qué iba a pasar, si iba a ser una buena madre, pero no importaba porque nos teníamos la una a la otra. Y ahí entendí todo, durante los últimos meses estuve tan preocupada, que me olvidé de lo valiosos que son los momentos como este. Luego de que mi hija se mudara de casa me sentía muy sola y me arrepentía de no haberla disfrutado más.

Si bien quería quedarme ahí, ya era hora de irme.

Siento a mi corazón rompiéndose en mil pedazos cuando lo veo ahí. Mi voz no pierde tiempo y dice ese nombre que tanto ha extrañado:

—Salvatore

Ahí estaba, cocinando mientras en la radio sonaba Edith Piaf. Me había olvidado de su hermoso perfil, de su sonrisa, de su perfume, de su voz, su risa contagiosa y odio admitir que parte de mí se había olvidado de él y de cuánto lo amaba. Supongo que estuve tanto tiempo tratando de olvidarlo que luego de 63 años mi mente lo hizo sin avisar. Era el verano de 1956 en Venecia, ambos teníamos 21 años y yo me había escapado de mi pueblo para ir a recorrer el mundo. Sinceramente enamorarme era lo último en mi lista pero no lo pude evitar. Nuestro romance duró solo 4 meses pero créanme cuando les digo que fueron los 4 meses más felices de mi vida y que a pesar de que nuestro tiempo juntos no duró, nuestro amor sí lo hizo. La última vez que lo vi fue en la estación de tren de Venecia, mi yo de 21 años creía que amores como este iba a tener toda la vida pero me equivocaba. No iba a dejar que un hombre me impida vivir mis sueños pero no me di cuenta de que si no tienes con quien compartirlos esos sueños dejan de importar. Nunca volví a conocer a alguien como Salvatore; y es hasta el día de hoy que me arrepiento de haberme subido a ese tren.

No pierdo más tiempo y me acerco a él, me agarra la mano para bailar y eso es lo que hicimos los 12 minutos. Bailar. Entonces me volví a sentir viva y volví a reírme como si no hubiera un mañana. (¿qué irónico no?).

Sabiendo que me quedaba poco tiempo aproveche para perderme en sus ojos una última vez. Y así fue como con menos de 1 minuto de vida, mi cuerpo fue más rápido que mi cerebro y dijo las 8 palabras que cambiarían todo.

—No dejes que me suba a ese tren

Las abuelitas de acero

POR MILAGROS BALBUENA

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3dWjRfL>

No hay edad para triunfar

POR CLARA DÍAZ GUIÑAZÚ,
MARGARITA PRIORE,
PILAR COLLAZO

–Papá, mirá lo que hice... un retrato tuyo.

–No tengo tiempo para tonterías y vos tampoco. Dedícate mejor, a estudiar para el día de mañana ser un buen abogado y tener un buen futuro. Algo que los artistas no tienen y nunca tendrán, es un trabajo mediocre.

54 AÑOS DESPUÉS

Un día como todos, en el mejor despacho de la diplomatura, Alberto estaba ahí sentado revisando un caso para la semana siguiente.

–¿Quieres un café? – le ofreció la secretaria, María.

–No, estoy ocupado mejor andate–

María salió del despacho casi lloriqueando. Era la tercera secretaria que contrataban en el mes.

Alberto era un hombre duro, frío y demás. Él siempre fue un niño alegre y juguetón, pero su padre le exigía para que este llegara a su nivel en el futuro. Este mismo había sido el mejor abogado de la ciudad en sus tiempos y estaba entre las mejores competencias del país. Alberto, siempre estaba ocupado y si alguien trataba de distraerlo, podía llegar a explotar. Después de tantos años de tanta dedicación y estudio, Alberto se había convertido en más que su padre. Había logrado el mejor puesto del país como abogado.

En cuanto a la vida personal de Alberto, este era mucho más cálido y alegre. Ya había formado una familia con su mujer que había fallecido hace ya 4 años por cáncer avanzado, compuesta por 3 hijas y un nieto de 7 años. Su mujer, en vez de ser un recuerdo triste, era más bien una alegría para el corazón de Alberto así como su nieto Gregorio lo era. Grego, era su persona preferida en el mundo y le tenía un amor infinito,

lo veía todos los fines de semana e incluso algunos días de semana. Todo el tiempo le regalaba cosas de alto nivel y lo llevaba de viaje de hombres. En fin, Gregorio le alegraba la semana a este abuelito cansado.

Después de que María se fuera, Alberto se preparó un café como a él le gustaba y siguió trabajando en su caso. Este era un caso difícil y muy peleado. Trataba sobre una demanda de unos trabajadores a la empresa en la cual trabajaban por diversos casos de corrupción. Alberto defendía a los trabajadores, ya que él siempre luchaba por la justicia. Al terminar este caso el cual debatía al día siguiente, agarró las llaves de su lujoso auto y se dirigió a casa.

Al otro día, después de dormir como un rey, Alberto se dirigió hacia el juzgado ya listo para pelear por sus clientes a muerte. Después de un par de horas de un largo debate, como era de esperarse, ganó. No estaba decaído y solo conforme, como muchos de los últimos casos que había ganado, sino que estaba contento y animado ya que lo iba a buscar a Gregorio a la casa de su hija para ir a tomar un helado. Cuando llegó en busca de su nieto, este lo estaba esperando preparando en la puerta de su casa.

–Hola, Grego– le dijo Alberto mientras bajaba del auto.

–Abueloo– enunció Gregorio más contento que nunca.

–Estás listo para una tarde inolvidable con tu querido abuelo–

–Más listo que nunca– contestó el pequeño, mientras su madre salió detrás, para saludar a su padre.

–Hola pa, ¿cómo te fue en el caso?– preguntó su hija.

–Hola Fer, bien... pero ¿quién te contó sobre él? –

–María, ¿sino quién? – dijo Fernanda con un tono de obviedad en su voz.

–Dios mio, que chismosa esa chica María. Pasa que estoy medio colgado últimamente.–

–¿Vamos? – dijo Grego mirando desde abajo.

–Vamos, chau Fer, te aviso cualquier cambio de planes–

El abuelo y el niño subieron al auto y salieron directo a la mejor heladería de la ciudad. La heladería quedaba frente a la plaza. Pidieron lo de siempre y se sentaron en una mesa mirando a la plaza.

–¿Sabías que empecé fútbol? – dijo el niño.

–¿En serio? – exclamó su abuelo, ya que su nieto no era una persona de deportes.

–Sí, me encanta, sueño se como Leo Messi algún día.

–Me parece perfecto, siempre hace lo que te gusta y que nadie te lleve por el contrario.

–Gracias abuelo, me encanta salir con vos –

–¿Sabes que?, mañana no tengo nada que hacer. ¿Querés venir a casa?

–Siii

Después de una grandiosa tarde, llegaron a casa cansados. Alberto le prendió la tele a Grego y él se fue a cocinar unos ricos panchitos, la comida favorita de Gregorio. Gregorio era una persona muy inquieta, así que se fue a pasear por la enorme casa de su abuelo.

Al terminar de preparar la comida, Alberto llamó a su nieto a la mesa. Pasados unos minutos no aparecía, entonces lo fue a buscar. Al ver que el sillón de la tele estaba vacío, Alberto salió desesperado, corriendo a buscarlo. Después de recorrer la casa entera, lo encontró sentado en el garage revisando unas cajas, llenas de obras artísticas.

–Abuelo, mira lo que encontré

–Me asustaste, no podés desaparecer así

–Perdón – Dijo Grego con un tono de remordimiento. –Pero mira esto, es increíble, ¿Es tuyo? –le preguntó. mostrando una increíble pintura sobre un anciano.

–Sí, ¿sabes quien es ese?, tu bisabuelo

Alberto se quedó mirando las obras con su nieto quien lo admiraba más que nunca.

–Abuelo, ¿porque no estudiaste arte si tanto te gustaba? – preguntó curioso.

–Muchas presiones niño, nunca lo habría logrado –

–Pero si me dijiste que siga mi sueño hoy a la tarde, ¿por qué no seguiste el tuyo?

–Si... pero ya estoy viejo

–Pero... si para seguir los sueños no hay edad

Después de esta charla tan inspiradora, se fueron a comer. Ya terminada la cena, se fueron a dormir en la cama de Alberto. Alberto no se podía dormir, de tanto pensar en la charla que había tenido con su nieto más temprano. Lo había dejado pensando mucho, pero después de un rato logró conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Alberto invitó a su familia a almorzar. Fueron todos menos su hijo que estaba de viaje por Europa. En pleno almuerzo, Grego tocó el tema y le contó a todos de las obras de arte que había hecho su abuelo. Nadie lo podía creer, nunca se lo habrían imaginado. La única que los había visto era la madre de los chicos. Tan impresionados todos, pidieron ver las obras y después de unos minutos insistiendo lo lograron. Salieron todos dirigidos al garaje, y al llegar quedaron más que impresionados con lo que estaban viendo.

–Papa esto es increíble – dijo una de las chicas.

Alberto no sabía qué decir, estaba contento con la reacción de su hija. Después de tomar el té, se fueron todos porque al día siguiente había que trabajar.

Después de un increíble fin de semana con su familia, Alberto fue para la diplomatura. Tras todo un fin de semana de pensarlo, este se dirigió al despacho de sus superiores y este con una cara de sorpresa increíble recibió la jubilación de Alberto.

–Quiero dedicarme a pintar– dijo Alberto con cara de satisfacción.

Agarró sus cosas, dio la vuelta y se dirigió a casa de su nieto.

–A seguir mi sueño– dijo él.

El bar de Tito

POR NEVIL RIDIERO

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3CO7exm>

El Abuelo

POR MELINA BAEZ

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3FJuziL>

Fin del mundo

POR VALENTINA CONSTANZA CHARLOTTE CARRAL CRUZ

Bernarda, una adolescente de 17 años, se encuentra cursando el último año de secundaria. Le encanta viajar y conocer lugares, intenta alejarse de la ciudad, cada vez que tiene oportunidad, para recorrer esos pequeños pueblos del país, donde todo es completamente distinto a su rutina.

Un día, planea ir a conocer la Patagonia, pero sus padres esta vez no podía llevarla por motivos laborales.

Bernarda, o Bernardita como le dice su abuela, venía de un año difícil, eran tiempos de COVID, donde la pandemia había causado una pausa en la vida de la adolescente. Por eso, con más ganas quería cumplir sus sueños, y seguir con la locura de conocer más lugares.

Es así, como un día le contó a su abuela, Juana, que quería conocer la Patagonia, y ella, siempre tan complaciente, con sus 68 años de edad, le dijo que estaba dispuesta a acompañarla, porque desde que Bernarda había nacido, su abuela intentó cumplir cada uno de sus deseos.

Planearon el viaje durante unas semanas para poder emprenderlo cuando Bernarda tuviera el receso escolar.

Su abuela, le propuso realizarlo en auto, ella manejaría. Es así como el 17 de julio, ambas salieron rumbo a la Patagonia, con el sueño de llegar al llamado “fin del mundo”. Juntas emprendieron un viaje que significaría mucho para las dos.

Juana y Bernarda tenían mucho en común, pero lo que más las unía era la pasión por el tejido. Desde que Bernardita tenía 7 años, su abuela le había enseñado tejido y es así como siempre la ayudaba. Ya una vez crecida, en época invernal, se encargaban de tejer mantas para repartir a la gente que se encontraba en situación de calle.

Una vez iniciado el viaje, llevaron consigo las agujas y lana, y un par de mantas hechas para repartirlas en su trayecto. Seguramente en-

contrarían a alguien que las necesitara. Es así como iniciaron el camino rumbo a la Patagonia.

Se tomaron todo el tiempo para parar en cada pueblo, y admirar los paisajes del país, disfrutar cada planta y cada lugar especial que se encontraban. Amaban el olorcito de café por las mañanas que las ayudaba a despertarse y continuar con el viaje. Es así como entre risas, tejidos, café, cositas dulces que compraban en los puestos turistas de los pueblos, llegaron a destino.

No podían creer lo que admiraban sus ojos, estaban frente a la maravilla de los paisajes del sur, ante ese clima característico, frío pero seco, totalmente majestuoso. Juntas pudieron llegar y el viaje les había parecido increíble, se tomaron sus días, todo lo recorrieron lentamente, pero disfrutaron cada momento, llenándose de nuevas anécdotas.

Una vez instaladas en el sur, recorrieron todo lo que pudieron y sus fuerzas les permitían, degustaron cada plato característico del sur: la abuela Juana moría por probar cordero patagónico. También les habían recomendado una bombonería donde podían degustar chocolates, estaban felices de estar en Tierra del Fuego.

Pero Juana tenía algo para contarle a Bernarda, el real motivo por el cual había aceptado acompañarla en este viaje. Todavía no había encontrado el momento para decírselo, solo contemplaba con amor cada instante compartido, cada comida, cada paseo, cada manta tejida.

Una tarde, cuando salieron a comprar chocolates a la bombonería, Juana sintió que era el momento justo para hablar con su nieta. La agarró de la mano y le dijo que la acompañara hasta un lugar escondido, es así como ambas luego de caminar varios kilómetros llegaron a una hermosa laguna cristalina, donde desde la orilla se apreciaba cómo cambiaba de color, y de fondo las montañas nevadas, características de la Patagonia, enmarcaban el paisaje.

Se sentaron en un tronco que estaba sobre la orilla, Bernarda no entendía por qué su abuela la había llevado hasta ahí, pero estaba tan feliz, tan plena, que no le importaba haber caminado tanto. Juana tomó la mano de Bernarda, alzó la mirada con los ojos brillosos y le dijo cuánto la amaba, su nieta solo sonrió porque estaba acostumbrada a esa

muestra de amor por parte de su abuela, pero en el fondo sentía que algo no andaba bien.

Juana aprovechó ese hermoso atardecer para contarle a su nieta que tenía una enfermedad terminal y que no le quedaba mucho tiempo, pero que no estuviera triste porque ella disfrutaba cada minuto de vida junto a ella. Bernarda solo la miró y no pudo contener sus lágrimas, ambas se fundieron en un abrazo que duró varios minutos.

Bernardita no entendía por qué su abuela había decidido acompañarla en ese estado, pero ella sólo le respondió que había sido porque sería su último viaje juntas, sentía por momentos que no tenía dolor, que no necesitaba de la medicación porque era sumamente feliz.

Debían volver a casa, pero ya no era con la misma felicidad con la cual se habían ido, no por parte de Bernarda que se sentía triste, pero podía reconocer el gran esfuerzo que había hecho su abuela para poder acompañarla en este tan añorado viaje.

Cuando llegaron, todos las estaban esperando para que les contaran sobre el viaje, habían visto fotos que les habían enviado desde allá, pero querían verles la emoción en la cara. Solo la abuela Juana contaba con lujos y detalles cada momento del viaje, Bernarda no podía emitir palabra.

Juana se dio cuenta de la tristeza que tenía Bernarda, y tuvieron una charla muy profunda y significativa, Juana le pidió que no estuviera triste, que en su corazón guardara cada momento que habían vivido juntas, y juntas recordaron cada anécdota que tuvieron, recuerdos de la infancia, abrazos, Navidades compartidas... Surgieron las risas y las lágrimas, pero de felicidad, de tanto reír.

Pasaron 2 semanas del regreso, sonó el teléfono en la casa de Bernardita, era el abuelo Oscar para contarle que habían tenido que internar de urgencia a la abuela. La familia fue hacia el sanatorio, la abuela Bernarda había decaído. Los médicos le pidieron a la familia que pasaran de a uno a despedirse porque no quedaba mucho tiempo. Pasaron los hijos, nietos, bisnietos y la última en pasar fue Bernarda.

Juana estaba esperando por Bernarda, no le gustaba decir en público que era su nieta preferida, pero en su corazón sabía que sí. Bernardita

no pudo contener las lágrimas, pero su abuela le pidió que no llorara, que guardara consigo cada momento, las risas, los buenos recuerdos. Pudieron hablar un poco, pero Juana ya no podía más, entre sus últimas palabras se despidió de su nieta, de su Bernardita, diciéndole que ella era su mundo, desde que nació y que era el fin en este mundo, pero siempre estaría en su corazón, y que cuando se sintiera triste volviera al fin del mundo, que allí iba a estar su alma esperándola.

Cartas a un abuelo en cuarentena

POR KAREN AYALA

1 carta

Don Mario:

Qué decirte viejito de mi corazón, si nadie sabe cómo comenzar tu historia, si casi ni recuerdo el día que te conocí. Pero qué lindos momentos que pasé junto a vos desde que empecé a considerarte como un abuelo presente y a valorarte así como cada persona que te conoció.

Habrás sido a los 10 ó 11 años cuando empecé a notar lo presente que eras en mi vida, en cada fecha importante, en cada evento oportuno, cada fin de semana que salías de tu casita para venir a la mía y cocinar para todos los presentes ese famoso gran asado. Con mi prima podíamos pasar semanas sin verte o sin recibir esas largas llamadas, pero sabíamos que un 15 de Agosto siempre caías con tus abrazos y tus sonrisas y el 14 de Septiembre, cumpleaños de mi papá, volvías a aparecer con la misma energía que la semana anterior y volvías a cocinar tu famoso asado que siempre vamos a extrañar.

Muchos recuerdos nos van a quedar de vos, esos pasitos de baile que animaban las reuniones familiares, sacando a bailar a todas las mujeres de la familia. Cuando junto a tu vasito de vino prestabas atención si la gente comía o no con deleite y tu sonrisa de satisfacción cuando no sobraba nada.

Personalmente quisiera decirte que parecía que no te prestaba atención y que para mí eras uno más de la familia, pero la forma en la que te observaba era silenciosa, así podía ver y captar con mayor atención tus movimientos o gestos, para registrarlos en mi memoria y corazón. Sí, voy a extrañar cuando en los asados de los domingos me decías “Flaquita poneme un chamamé” o hasta a veces me pedías un buen Fernet y lo compartimos junto a la Tia Rocío, tu hija. Sí, siempre te veía en la parrilla del asador de casa junto a mi papá, charlando y mirando de reojo

a la familia con esa camisa a cuadros, tus jeans gastados y zapatos que te quedaban impecables.

Hemos charlado tanto con mamá de quien heredé ese gusto por la panadería... Siempre llegamos a la conclusión de que en eso soy idéntica a vos, si a fin de cuentas sos mi maestro también en eso. Esa tarde, de alguno de los tantos viernes en los que te visitaba en tu casa, saliendo de la escuela, que te veía preparar esos bizcochitos que tanto me gustaban o esas facturas con crema que te salían de maravilla. Me producía curiosidad la forma en la que las preparabas mientras terminaba las tareas que me daban. Luego de guardar los libros y carpetas me hacías ayudarte a terminar de amasar la masa de los bizcochos, y me relatabas tus anécdotas de cómo era tu infancia.

Las quejas de mi mamá cuando hacías muecas o tus chistes a la hora de sacar fotos... Quién iba a pensar que un virus me iba a privar de verte esos fines de semanas o esas tardes de viernes después de la escuela, pero es lo necesario que tenemos que hacer para poder protegerte de esta horrible enfermedad que es capaz de arrebatarte de nuestras vidas y no quiero siquiera pensar en eso.

Pensar que no pueda sentir el olor de tus asados, oír el sonido de tus risas, de tu voz, no poder verte bailar ese chamamé que tanto te gusta y el no poder saborear tus sabrosos bizcochos. Que las navidades y fiestas de fin de año en el patio de tu casa ya no estés jugando con nosotros a las cartas es solo una horrible pesadilla que no quiero que se vuelva realidad.

No me olvido cuando en las noches nos poníamos a ver fotos y videos en los que jugábamos al bingo y te enojabas cuando perdías. Días en los que íbamos a pescar junto con los paseos en lancha que tanto nos divertían.

La última vez que pude verte fue cuando pasé las últimas semanas de vacaciones en tu casa, en las que me despertabas con tus cosquillas y el desayuno listo. Solo nos queda esperar que todo esto pueda volver a ser como antes y podamos volver a tener esos días de risas y diversión juntos. Esta carta es para recordarte lo presente que te tengo y que los momentos juntos siempre van a estar en mi mente. Esta carta es para

hacerte saber que no te me vas a borrar nunca de mi cabeza y de mi corazón.

Abuelito lindo en nombre mío y de todos tus nietos te decimos con esta carta que te extrañamos como si no hubiera un mañana, también quiero decirte que gracias a todo lo que me has enseñado y lo que me falta por aprender de vos seguro voy a ser una gran mujer en un futuro. Futuro en el que vas a estar orgulloso de tu nieta, la cual gracias a tus consejos y reflexiones va a poder ser alguien de bien. No es un adiós sino un hasta pronto.

Te quiere

Tu Nieta, Valentina.

2 carta

Don Mario:

Hola otra vez abuelito te vuelvo a escribir porque mamá me comentó que mi carta anterior te alegró el día. Eso me puso muy contenta, y quise volver a hacerlo como me dijiste en una de esas tardes de Sábado en los que íbamos a las plazas “tan solo por querer disfrutar del día”. Esa tarde estábamos sentados en la banca de la plaza que estaba cerca de la fuente, vos mirando cómo los niños pasaban corriendo para jugar con la pelota y yo, yo te relataba una de las charlas que me había dado la profe de literatura de cómo era la comunicación antes del teléfono y que como tarea nos había pedido una carta. No sé si la recordarás, vos me dijiste que no había nada más lindo que escribir una carta y más si era para un ser querido, y con eso me motivaste a intentarlo y terminé aprobando. Esos son mis motivos por eso es que escribí la primera. En esta quiero recordar tu relación con el abuelo Damián (el padre de mi papá) de cómo se llevan tan bien. Mi prima y yo siempre nos reímos de las anécdotas que tienen ustedes dos, como la de esa vez que habíamos festejado el cumpleaños de uno de mis tíos y ustedes se pusieron a tomar. Tomaron tanto que los dos ya estaban muy borrachos, el abuelo se quería ir a su casa y vos no tuviste mejor idea que acompañarlo (qué suerte que no viven tan lejos uno del otro) pero había un problema estaban tomados así que él te quiso acompañar a vos. Y así viceversa hasta que en la última

vez que lo acompañaste lo sentaste en el borde de su cama y le quitaste los zapatos así él no podía seguirte. Esa me la contó una de las abuelas y en mi mente algo me decía que había más momentos como ese.

Tan solo deseo que cuando llegue a la edad de ustedes con mi prima podamos ser como ustedes, pero por ahora solamente hacemos tonterías como cualquier adolescente como la vez que quisimos ver una película y no sé en qué momento estaba tan cerca del borde de la cama que me terminé cayendo. Jaja. Sí. Me caí pero en vez de llorar me reí porque recordé que le decías a mis hermanos y primos que los soldados no lloran, que ellos aguantan todo sol, calor, frío y lluvia o hasta a veces hambre, entonces me aguanté el llanto y salieron carcajadas.

Vos siempre hacías referencias a la vida que tenían los soldados, al parecer a los chicos no les llamaba la atención pero a mí sí. Cada vez que tenía oportunidad te pedía por favor que me contaras algunas de tus historias. El hecho de que yo sea mujer no te importaba y me dabas los mismos consejos que a ellos. Seguro muchos piensan que soy una rebelde que ni educación debo tener pero el caso de que yo me crié entre hombres no significa nada porque soy más educada que muchas chicas, esos consejos me hacen más fuerte ante los comentarios. Gracias a ellos cuando me dicen que no puedo hacer algo lo hago, que no puedo decir algo lo digo sin miedo porque me enseñaste a defenderme de todos esos comentarios malos y a pensar en lo bueno de las personas que me quieren. Bueno, me fui por las ramas, empecé escribiendo sobre una cosa y terminé con otra, pero es que así podría estar hablando o escribiendo con vos por horas inmensas sin cansarme. Amo poder disfrutar de vos y del abuelo Damián, son con los que más paso mis días. Pero eso lo dejo para otra carta, una en la que te voy a contar mi semana en el colegio.

Nos vemos y no olvides que te quiere

Tu nieta, Valentina

Sobrevivir al olvido

POR RAQUEL ROLDAN

Mi abuela Celia solía decirme: “El orden de los recuerdos no altera el olvido”, yo era pequeño, no lo entendía. Cuando fui más grande llegué a la conclusión de que todos los recuerdos que queremos olvidar siguen vigentes en nuestra memoria, nos invaden y golpean nuestra vida. Pero así también lo hacen los recuerdos buenos, es como cuando estás triste e intentás recordar algo bueno para olvidarte y distraerte de aquella tristeza.

Cada vez que iba a su casa, me sentaba junto a la mesa de algarrobo que emanaba un aroma que abrazaba y te hacía sentir que pertenecías allí. Me traía un tecito con limón y miel y unas galletitas con membrillo recién salidas del horno, les ponía tanto membrillo que chorreaban por los costados. Se sentaba a mi lado y me contaba historias de vida –así las llamaba ella– donde por supuesto era protagonista. Usaba un perfume floral que inundaba todo el cuarto de estar, me acariciaba el pelo y me besaba dejando su labial rosado en la frente. Mi nani se encargó de darme todo ese amor que no recibía en casa, era tan feliz a su lado. Ella amaba tanto los recuerdos y las historias pasadas, hasta que enfermó de Alzheimer, irónico.

Una tarde lluviosa, después del secundario, como de costumbre fui a su casa. Abrí la reja y quedé un tanto extrañado porque no sentía aroma a galletas de membrillo, pero lo ignoré. Al llegar a su lado me dirigió una mirada rara, como perdida. No me había reconocido. De repente se me vino el mundo abajo, sentía ganas de llorar a gritos.

¿Por qué tuvo que pasarle a ella? Podría haberme pasado a mí, no tengo nada bueno que recordar, los golpes de mi mamá, los gritos de mis hermanos, el olor a alcohol que inunda la casa cada vez que entra mi papá.

Un día me pidió que encontrara a un viejo amor que había tenido. Emocionado empecé a preguntarle cómo era y algunos datos sobre él.

Quería cumplir su deseo. Sin embargo, su médico me advirtió que estaba seguro de que no había habido ningún amor, que solo era un síntoma de su enfermedad. Como jamás me había nombrado este tema, también asumí que lo era. Todos afirmaban que era producto de su imaginación y que no había ningún hombre, no obstante ella aseguraba que todos se equivocaban, se pasaba las tardes llorando y diciéndome que por favor lo encontrara, que no quería pasar sus últimos meses sola. Hurgando entre sus viejas cosas, descubrí una carta amarillenta, con olor no muy agradable y llena de tierra.

Me sentí terrible por no haberle creído. Así que me decidí a encontrar a Ricardo. Revisé el sobre y la estampilla y me fui a Buenos Aires, solo, temiendo encontrarme con alguna noticia desalentadora pero impulsado por volver a ver la sonrisa de mi abuela.

Al llegar a Buenos Aires, me hospedé en un hotel y volví a ver los pocos datos que tenía. Hice un cuaderno en donde anotaría cualquier información que consiguiera acerca de Ricardo Hernández. Esa noche pedí la cena, unos sorrentinos muy ricos y, mientras los comía, me imaginaba un feliz y emotivo reencuentro.

Al día siguiente, tomé un café bien cargado y emprendí viaje hacia las calles de la ciudad, salí a eso de las 7 porque no iba a ser fácil encontrarlo. Caminaba por las veredas porteñas e iba observando la gente, tantas personas en un solo lugar. ¿Cómo haría para encontrar al tal Hernández?

Fui a algunas agencias dedicadas a encontrar gente perdida, pero la realidad era que él no estaba perdido, sino que mi abuela con Alzheimer de repente recordó que tenía un supuesto amor en esta ciudad tan grande, así que obviamente me miraron como si estuviera loco, me dijeron que me fuera y que no perdiera el tiempo. Sin embargo, me negaba a perder la esperanza, así que seguí mi camino, entré a varios negocios a preguntar y nada. Anochecí. Volví al hotel, caí rendido sobre la cama y me puse a pensar si había hecho bien en ir y así me dormí.

A las 6:05 escuché a Cerati cantándome, es decir, ¡la alarma! Me levanté de un salto y de vuelta a lo mismo. Me sentía Sherlock Holmes,

solo que sin resultado eficaz. Pasé semanas intentado rastrear, aunque fuera a algún familiar, simplemente una pista, pero nada de nada. De esa forma, sin datos, me tuve que volver a Córdoba. Llegué exhausto y un tanto desilusionado de mí mismo y me sentí aún peor cuando imaginé la cara de mi abuela al enterarse de mi fracaso. Durante el camino a su casa, iba pensando excusas y razones para explicarle que no había podido cumplir con su pedido. Toqué la puerta y con gran emoción me preguntó qué tal había estado mi viaje.

—Lo siento abuela, estuve semanas intentado hallar algo, pero no lo logré. Espero que puedas entender lo difícil que fue para mí tener que decirte esto. Lo intenté todo, busqué personas con el mismo apellido y a cada una de ellas le pregunté si conocían a tu cielito y nada. Incluso me encontré con varios Ricardos, pero ninguno coincidía con la descripción que me diste. Era como buscar un fantasma.

Luego de un largo rato en el que intentaba explicarle cómo me sentía al respecto, largó una carcajada burlona y me dijo:

—¿Sabes por qué no lo encontraste? ¡Porque falleció hace un año!

En ese momento sentí una rabia y una impotencia que no puedo describir con palabras. Tenía un nudo en la garganta y ganas de llorar solo por la bronca. Lo único que me salió decirle fue:

—¡¿Acaso estás loca?!

—Solo quería que te sintieras como yo. Desesperada, buscando un recuerdo, sé que está ahí en algún lado y hago todo lo posible en recordar algo que me dé indicios de él, pero no puedo, porque mi cerebro ya lo borró de mi memoria. Mis recuerdos eran lo único de valor que me quedaba. Y pregunto, y vuelvo a preguntar, no porque me olvide de que estoy preguntando algo una y otra vez, lo vuelvo a hacer porque sé que estoy cerca de recordarlo. Así como vos entrevistabas a todas estas personas, yo le pregunto a mis otros pensamientos, ¿dónde estará el que se perdió?

Me conmovió de tal manera que no pude decirle nada, el silencio inundó la habitación por un rato, hasta que se rompió con un sollozo de ella cuando la abracé. Celia todavía estaba bien sin embargo, después de unos meses, empezó a olvidarse de todo. Me partía el alma verla así,

me pasaba los días pensando en qué hacer para ayudarla, pero como no recordaba nada, me era difícil. Sentí que tal vez muy en el fondo todavía tenía guardado algún que otro recuerdo y que esta enfermedad solo era un candado en la puerta de su memoria, yo solo debía encontrar la llave.

¿Qué hace uno para acordarse de detalles de un momento que vivió?
¡Pero claro! ¡Buscar fotos en su smartphone!

Obviamente Celia no tenía un smartphone, así que fui al baúl de fotos; se las llevé y le fui contando las mismas historias que ella me había contado una y otra vez. Ella las recibía como relatos protagonizados por otras personas, no obstante yo sabía que ella era el centro de todas y eso nos alcanzó a los dos para sobrevivir al olvido.

POR AGUSTINA IRIGOITIA

Franco iba todos los días a la escuela técnica, se tomaba el 60 en la esquina de su casa, y viajaba 2 horas hasta Capital. Un día, nervioso, por la decisión de su futuro, el que hacer lo intrigaba. Subió al 60 distinto, dudoso ni saludo al chófer, ya ni tenía saldo en la sube y sin embargo no se percató, pero ahí estaba, sentado en el asiento de dos al lado de la ventana.

Le esperaba un viaje largo y sin música, se le habían roto los auriculares y venía ahorrando para comprarse unas zapatillas nuevas. “¿Que voy hacer?” Venía pensando, esa pregunta que le comía la cabeza mientras se mordía las uñas. A los 10 minutos de viaje, se sube un viejo, con bastón y canoso, ojos verdes qué se veían a lo lejos.

Se sentó junto a Franco, él incómodo, se pegó más a la ventana con tal de que el viejo no esté pegado a él. “Estas nervioso che” Le preguntó el viejo. “Un poco, pero está bien” respondió Franco. “No te preocupes, el destino te tiene preparado cosas geniales” le dijo con sabiduría el viejo. “Qué dice este viejo, seguro está borracho y yo que sé” pensaba Franco en su cabeza nervioso.

Viejo: – No te ves tan bien que digamos, a tú edad pensaba lo mismo.

Franco: – ¿Pensar qué? Si usted no sabe que estoy pensando.

Viejo: – Créeme que sé, ¿estás nervioso por el futuro no?

Franco: – ¿Cómo sabe usted eso?

Viejo: – se nota por la mirada, no tenés una mirada relajada.

Franco: –Si, estoy nervioso... ¿Por qué dice que el futuro me tiene cosas buenas?

Viejo: – Por qué lo sé, también estaré ahí.

Franco: – Jaja (reía con timidez) ¿Usted viaja en el futuro?

Viejo: – No, pero lo sé. Sé que cuando bajas de este colectivo vas a quedarte parado en la puerta de la escuela pensando si entrar o no, al final entrarás porque sabes que luego tu madre te preguntará, ella te conoce como yo.

Franco: – ¿Cómo sabe eso? ¿Acaso usted acosa chicos? ¿Me sigue?

Viejo: – JAAAAA (fue una risa larga que todo el colectivo escuchó)
No querido no, te digo que sé lo que va a pasar más adelante ¡Créeme pibe!

Franco: – Bueno está bien, si sabe el futuro... ¿En qué número pienso?

Viejo: – Fácil, 4

Franco: –Va de nuevo.

Viejo: – 2, ¿no podés pensar en otro número que no sea par? Sos muy obvio pibe.

Franco: – Nunca me gustaron los números impares.

Viejo: – Se nota un poco.

Franco: – ¿Qué me depara el futuro?

Viejo: –No puedo decirte, decirlo afectaría todo.

Franco: – ¿Voy a ser alguien?

Viejo: – ¡Ya sos alguien! Sos muy inteligente, y supiste escucharme sin dudar demasiado.

Franco: – A veces siento que no sé quién soy, me da miedo no saber guiarme luego.

Viejo: –Vos seguí lo que te guste sin dudar, sin pensar en que va a pasar después.

Franco: – Tenés razón, pero siempre quedo en duda. ¿Decís que estudié la carrera más complicada? Me gusta, pero me da miedo no aprobarla.

Viejo: – Y mira Tenés un re bocho pibe, eso de querer ser ingeniero no se le da a muchas personas, hacelo, la vida es una sola.

Franco: – Tenés razón viejo...

Pasaron las 2 horas, y entre charla y charla parecieron minutos. Llegó la hora de bajarse del colectivo, Franco se despidió del viejo con

un abrazo apretado como si lo conociera de años, y así como bajo, el colectivo apresuro su pasó... Años después, Franco se recibió como mejor promedio, entre tanta multitud, vio a su mamá llorar, a su padre llorar pero escondiéndose detrás del celular, y a unos pasos de distancia, en un rincón, ahí estaba, el viejo, cruzado de brazos y asintiendo con la cabeza.

Franco quedó shockeado, y en un parpadeó el viejo desapareció, y nunca más lo vio...

Sin esperanzas

POR JOAQUÍN GUZMÁN

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3cMwt8I>

Abuela

POR LUCIA SAUCEDO

Años atrás a mi tan joven edad, papá me dijo— Puedes visitar a tu abuela, no sólo domingos— tenía una gran felicidad al saber y no pude más que decir —¿Podemos ir ahora? ¡Quiero verla! —sonriendo me llevo rumbo a un gran amor. Esto se convirtió en mi pasatiempo favorito y más, mi abuela el ser más puro y noble que podría existir, me enseñó grande cosas de la vida, soñaba en poder convertirme en algo tan estupendo como ella. Era tanto el amor que le inundaba mi corazón que jamás en ningún segundo pensé en que dejaría de tener esos momentos inolvidables, una noche de muchas noches en la que hubo un apagón, me preparó la comida más rica que pude haber pedido.

—“Aprovecha los momentos, aprende a vivir con pasión cada momento”— me aconsejo siempre papá, tiempo después me pregunto si lo aproveche ya que siento que no fue suficiente.

Me contaba tantas historias a la luz de la luna y me cantaba tiernamente, cuando pasas toda tu vida con un ser tan lindo. Te llegas a plantear seriamente el porqué de que en la actualidad son abandonados, sin querer, a mi tan sólo 16 años no puedo entenderlo.

La mejor parte de mi día era ir a verla, en sus brazos me sentía segura y querida. Cada vez que pienso en todos esos momentos un recuerdo muy nítido llega a mí. Estaba sentada en el regazo de mi abuela mientras ella me mecía suavemente cantando una canción tan antigua y hermosa.

En esos tiempos yo vivía enferma y la anciana siempre tenía algún remedio especial que me hacía sentir mucho mejor, en un instante. Siempre que me veía seria me hacía cosquillas o jugaba conmigo, fueron los mejores momentos de mi vida y sé que si ella estuviera aquí desearía que me quedé sólo con los buenos recuerdos. Pero es imposible hacerlo si el último recuerdo que tienes no es tan feliz.

Ella se fue una tarde marzo, después de meses de pelea se dio por vencida, la persona que siempre me decía que yo iba a ser la que la deje cuándo llegará a la adolescencia me dejó.

Esa tarde, había muchas señales que debieron advertirme de lo que pasaría. –Hola abuela– susurré, ella me miró sin ver ya no hablaba, esa luz traviesa en sus ojos había desaparecido. En mi mente me repetía– Dios por favor no te la lles, aún la necesito–, me sacaron de la habitación frente a mis ojos pasaron cada momento vivido junto a ella, eran tantos, pero faltaron muchísimos.

Parecía una persona muerta en vida, un grito desgarrador luchaba por salir de mi interior, mi hermoso angelito me había dejado. Después de tantos momentos de tantas cosas me había dejado. De solo pensar en que ya no vería más nada de ella, no volvería a comer con ella, no más salidas. Ya no había más nada.

O eso creía aún tenía los sueños, estábamos en su casa, lugar donde otras veces había sido muy feliz, ahí estaba ella tan hermosa como siempre. Con esa sonrisa tan sincera y una luz de vida tan hermosa en sus ojos, extendió sus brazos y no dudé en ir a abrazarla, Dios como había extrañado hacer eso, las lágrimas no tardaron en llegar a mis ojos.

Respire hondo y su olor tan peculiar y hermoso que otras veces me había calmado. Ella seguía abrazándome mientras repetía el apodo que me había puesto muy tiernamente.

–Es hora de que me vaya mi Luchi– decía ella mirándome a los ojos con tanto amor, yo no quería soltarle y rogaba con todas mis fuerzas no despertarme quería seguir ahí un momento más.

Sabiendo que iba a ser la última vez que la viera ya que ella necesitaba partir, de mis labios salieron sólo dos palabras– Hasta pronto abuelita mía...

Al despertar deseaba con toda mi alma que todo haya sido un sueño, que despierte y papá me pregunte como muchas otras veces si ya estaba lista para visitar a mi querida abuelita. Ir a su casa y verla esperándome en la puerta con una sonrisa mientras tiernamente me abrazaba y decía lo mucho que había crecido y que dejará de hacerlo.

Hay abuelita muchos años después me doy cuenta de que nunca debí crecer, tenía que haberte hecho caso y no crecer, solo para poder pasar así mis años contigo. Tenerte en mis días difíciles aconsejándome, en mis días felices a mi lado, en mis locuras en las que me acompañabas, hoy puedo decir querida viejita que te necesito a cada segundo de mi vida. Lamento no haberte aprovechado más, sé que ya era tu momento de dejar este mundo pero me faltó tanto por hacer contigo que siento un nudo en mi garganta al ver que no estás aquí.

—¿Tú viviste eso, abuela?— preguntó mi pequeño nieto de 5 años, sacándome de mis recuerdos, había pasado tanto tiempo, le sonreí asintiendo mientras una solitaria lágrima salía de mis ojos. El pequeño sin preguntas se acercó y me abrazó tan fuerte demostrando todo lo que sentía sin palabras.

Yo era esa pequeña niña que escribió eso tantos años atrás— le dije una vez que nos separamos, —ven te mostraré algo— seguí mientras me paraba, rumbo hacia el jardín de atrás donde tenía miles de rosas. Y en medio una foto de esa alegre mujer, en un banco al costado estaba el regalo de mi pequeño. Me acerqué y lo agarre, —Ten mi amor— le dije con una sonrisa.

—El otro día encontré la blusa que me hizo con mucho amor cuando era pequeña, ya no me queda a mí pero a ti te quedará de maravilla. Es hora de que escribas tu propia historia mi niño, te acompañaré en cada paso que des— continúe con una sonrisa.

—Te amo abuelita— dijo él poniéndose el suéter, se sentó en el banco sus piecitos no llegaban al suelo, me recordaba tanto a mí.

Una suave brisa pasó sobre nosotros trayendo consigo el olor tan peculiar de ella. —Mamá— se escuchó desde adentro, no faltó más para que mi nieto saliera corriendo a buscar a su mamá, reí al verlo, de pronto sentí como si alguien se sentase junto a mí, supe quién era de inmediato.

Por primera vez después de tantos años volví a verla, había olvidado lo hermosa que es, pude abrazarle y le dije —Ay abuelita al final, sí me convertí en tu viva imagen, muy pronto estaremos juntas, te quiero muchísimo— ella sólo sonrió y dijo— Despierta...

Abrí los ojos, había tenido un sueño muy extraño en el que me convertía en anciana. Papá entró y me dijo— Hija, apúrate, vamos a dejarte en casa de tu abuela— con una sonrisa me levanté a vivir y amar de verdad, la vida me daba otra oportunidad y no pienso desaprovecharla.

Soy Alexandra y ésta fue mi historia...

A dónde fue el abuelo

POR MORENA HIDALGO

Para acceder al cuento, escaneá el código QR, o entrá al link:



<https://bit.ly/3l6YgVZ>

La plaza de Carlitos

POR JULIETA AZCURRA

Hay pocas cosas que me gustan, pero definitivamente lo que me encanta es caminar por esos barrios donde todos se conocen con todos, y encontrarme con alguna calesita, el juego infaltable de cualquier plaza. Mi abuelo siempre me contaba historias sobre cómo eran estas cuando él era pequeño, eran de madera y giraban a motor, solían sonar marchas militares, otras veces rugidos de animales salvajes, “hoy en día esos caballos de plástico que ponen no tienen comparación con los de antes” se quejaba cada vez que veía alguna de ellas.

El solía llevarme a una calesita después del colegio todos los viernes, comíamos un pancho e íbamos a la placita de la esquina de casa, o como yo la conocía “La plaza de Carlitos”, el hombre que trabajaba allí. El solía comentarnos sobre lo difícil que era el negocio, en general funcionaba los fines de semana, sobre todo los Domingo, eso si no hacía demasiado calor o extremado frío. Aunque el ritual de los viernes era sagrado, dejó de ser lo mismo cuando Carlitos falleció.

Siempre me acuerdo de él, ya que cada vez veo menos chicos usándolas, solamente niños que no superan los siete años, y pensar que muchos años antes eran usadas por los nobles como método de diversión, pero con caballos de verdad. “Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad. El mundo solo tendrá una generación de idiotas” dijo Einstein, tan embobados y enceguecidos con las redes sociales, con sus celulares. Antes veías adolescentes saltando y gritando, peleando por sacarte la sortija, y hasta que no la agarraban no se iban.

La satisfacción de subirme a la calesita y agarrar la sortija es de esas cosas que si pudiera volver el tiempo atrás lo haría de nuevo, por eso me encanta tanto cruzármelas, es la nostalgia de la niñez que ya perdí, pero el recuerdo que sigue vivo e intacto.

Ahora todos los viernes por la tarde, suelo ir al cementerio a dejarle flores a Carlitos y a mi abuelo comiéndome un pancho y contándoles sobre cómo las calesitas siguen sobreviviendo.

Visibilizadas

POR DAIRA AGUILAR

En una ciudad vieja, año 1790, un hombre llamado Robert oprimía y esclavizaba a cada mujer que habitaba allí. Todos eran conscientes de lo que sucedía, pero nadie hacía nada ya que no sabían de lo que podía ser capaz Robert.

Una mujer, llamada Talía, estaba cansada de sufrir día a día, y ver todo ese sufrimiento en cada habitación, los días se volvían grises y el vacío era inmenso. Una sensación que no podía explicarse. Chicas jóvenes se suicidaban por no poder aguantar más. Talía vivía esas secuencias con sus propios ojos.

Una noche, mientras Robert negociaba con un grupo de hombres que se dedicaban a vender personas, Talía descubrió una salida, vio la oportunidad y no dudó ni un segundo en escapar. No tenía un destino, era oscuro, pero nada le importaba en ese momento, quería irse lo más lejos posible.

Esa misma noche, encontró una casa, no sabía quién podía estar ahí pero igual se arriesgó a entrar. Se encontró a una señora de unos cincuenta o sesenta años que vivía allí.

Talía le pidió disculpas y ayuda. Le contó todo lo que había vivido llorando desconsoladamente. La señora la ayudó, le ofreció una cama y té y la escuchó. Ella, triste, inclinó la cabeza y le dijo:

—Yo también pasé por eso.

La señora, tiempo atrás, estuvo en la misma situación de Talía y, al igual que ella, logró escapar y rehacer su vida, dejando el pasado atrás. La historia se repitió pero Talía no se iba a quedar con los brazos cruzados. Ella quería y estaba decidida a hacer algo por todas esas mujeres para ponerle fin a esa historia trágica.

Al día siguiente, volvió al mismo lugar de antes, con una fea sensación que daba el ambiente. Pero se animó. Fue hacia donde estaba

Robert y lo enfrentó. Todos sorprendidos, porque nunca nadie lo había hecho antes.

Las mujeres que estaban allí se pusieron de su lado, todas, dejando a Robert mal parado. Nunca se habían animado hasta ese día que empezaron a ser visibilizadas, dejando atrás ese lugar. Las cosas empezaron a tomar color. Ya no tenían miedo...

Furia

POR AGOSTINA RONCHI

Mi abuela Hortensia era una mujer especial. Eso es todo lo que puedo decir. Me temo que quedaré debiendo cualquier tipo de descripción exacta porque ni recitando en orden alfabético todos los adjetivos de todos los diccionarios de todos los idiomas del mundo podré captar su esencia. No podré decir nada que me deje segura de que cuando yo lo diga, ustedes se estén imaginando lo mismo que yo quiero transmitir. Esas son las reglas del juego. Lo lamento tanto, pero por más que lo intento no hay forma de explicar ni siquiera cómo se le relajaba el cuerpo cuando el mate tenía la exacta cantidad de azúcar o cuando la cerveza estaba en la temperatura perfecta. Haría falta una paleta donde depositar todo aquello que por separado era más todo lo que quiso ser y no pudo, para luego mezclar con un pincelito de algún color estridente un poquito de cada parte y crearle un adjetivo exclusivamente para ella. Una palabra que dure varias páginas pero que al acabar de pronunciarla, corte el movimiento y encierre todo lo que fue. Tal vez, con un poco de suerte podría lograr que también, al encerrar, agote todas las formas de muerte y me la traiga de vuelta.

De todas formas, intentaré transmitirles, eso sí, que su pelo canoso tenía poco peso y se levantaba desafiando la gravedad a penas la humedad sorprendía Buenos Aires.

También es necesario que sepan que era la única de Rafael Calzada que había echado al marido de la casa y luego, firmado el divorcio, iniciado una huelga contra el género masculino que incluía advertencias a sus hijas mujeres: “los hombres no sirven para nada. Estudien, trabajen y cásen se si quieren, pero no pretendan soluciones. Ustedes se solucionan las cosas solitas porque a ellos no les da”. Un poco de razón tenía, sobre todo si pensamos que mi abuelo, el Turco, era de verdad un miserable.

Mi abuela Hortensia nunca volvió a tener intereses románticos y el único ente con aparato reproductor masculino que volvió a pisar la casa

fue Furia, el perro. Mi tía lo trajo luego de que la vecina le dijera que si no encontraba a nadie que lo quisiera, enfermito y todo, lo iba a tener que tirar al medio de la calle. “De todas formas va a morir pronto”.

—¿Me estás cargando, Marcela? ¿Qué voy a hacer yo con un perro moribundo?

—No sé, mamá, dale de comer y hacele algo de compañía, son unos días nada más.

—A ver, y decime: ¿qué va a comer? Si tu padre nos dejó sin nada.

Mi abuela Hortensia protestaba por todo y cuando le ganaba la terquedad, toda la familia salía perdiendo. Como cuando mi abuelo la estafó quedándose él con los supermercados que habían hecho los dos por igual desde cero y ella tomó la decisión de no trabajar más hasta que le devolvieran lo que era suyo. Fueron veinte años de hambre y rencor en aquella esquina con calle de tierra, pero ella les prometió a todos sus hijos que no se iba a morir hasta recuperar todo. Ella cumplía siempre con su palabra. Por eso, cuando aún en la miseria del décimo tercer año decidió que el cachorro moribundo tuviera una sábana rota al lado de la estufa, supimos que nada ni nadie iba a mover de su casa al animal, que contra todo pronóstico, cada vez mejoraba más. No dejaba que nadie se le acerque excepto la señora canosa que cuando se hacía el loco lo agarraba igual, le chistaba y le decía “No exagerés, perro. La vida es difícil pero ¿preferís estar abajo de un camión?”. Él la miraba, se quedaba quieto y se dejaba curar. Ella decía que le entendía y que era el animal más inteligente y mágico que había conocido, a pesar de ser hombre por supuesto.

El cachorro mejoró tanto y tan rápido que se ganó un nombre: Furia, porque cuando le cambiaba las vendas, gruñía al aire, pataleaba, la mordía pero no lloraba. Mi abuela Hortensia decía que Furia era más grande que el dolor y que la muerte, y desde entonces, se volvió su mejor compañero. En cuanto a su supuesta inteligencia, quedó probada ante toda la familia cuando una mañana, el churrero tocó el timbre. “Hola, Doña, ¿está el Furia?” preguntó. Mi abuela, combativa, le dijo que sea lo que sea su perro no había sido porque era respetuoso y bien educado. Intentó cerrarle la puerta pero el hombre replicó “No, no, nada de eso”.

En la casa no había comida para los humanos, menos para el animal. Así es como Furia resolvió por su cuenta el tema del hambre: a cambio de dos churros, corría al lado del churrero toda la jornada y cuando otros perros se acercaban los espantaba derrochando productivamente todo ese enojo que cargaba hasta en su nombre, cuidando al señor y a su mercadería. Antes de que todos se despierten, al mediodía, estaba de nuevo en su cucha, por eso nadie sospechó jamás, hasta que un día, durmió adentro porque anunciaban lluvia y no pudo salir. Entonces el churrero tocó el timbre. No estoy segura de quién en la escena estaba más asombrado y sin palabras.

Mi abuela Hortensia era una mujer que acertaba cada palabra, como si sentenciara y en ese molde mágicamente encajara el mundo. Tenía razón en casi todo, menos cuando se metía en aquellos temas en los que nadie puede tener razón. Furia era más grande que el dolor pero no supo ser más grande que la muerte. El alma se le llenó de canas y, ya de viejito, cayó en una suerte de demencia senil perruna. Fue perdiendo todo lo que era hasta fundirse con sus inicios, pasándose los días recostado en la sábana rota y no dejando que nadie se acercara, excepto la señora canosa que cuando se ponía loco, lo alzaba, se recostaba con él y lo acariciaba hasta que se calmaba.

Mi abuela Hortensia sostuvo por primera vez en su vida una situación insostenible, aferrada a Furia, rezando para que se recupere contra todo pronóstico, porque ella sabía que él podía, porque ya lo había hecho con toda su fuerza, la fuerza que le dio el nombre. Intentó todos los tratamientos que pudo pagar. Incluso toda la familia armó una colecta para pagar el veterinario de Furia. No tanto por él sino por ella. Cuando enfermó, mi abuela Hortensia comenzó a apagarse casi a la par y todos temían que con el perro se fuera también la Nona. Estaba clarísimo que el Furia se había vuelto indispensable. Era su mejor compañero aunque en las últimas semanas hubiese estado oscureciendo todo a su paso.

Una tarde, puso la pava en el fuego para hacer mate. Mientras miraba a Furia dormir, el tiempo pasó rápido y el agua hirvió. La pava silbó y el agudo perturbó al perro, que se levantó en cólera y la enfrentó en la cocina. Mi abuela Hortensia le explicaba que era ella, que no le iba a hacer nada, pero no había más remedio. Ella tenía razón en casi todo, y

en esto también: Furia ya no la reconocía. Por eso la mordió. Angustia-da llegó a la casa de mi tía Marcela. Allí decidieron entre todos y entre lágrimas sacrificar al perro más inteligente y mágico del mundo.

Mi abuela Hortensia lo despidió en sus brazos y fue la única vez que la vi llorar.

Efectivamente, pensamos que se moría. Pensamos que no iba a poder sobrevivir sin Furia. Sin embargo, contra todo pronóstico, cada vez mejoraba más. Recuperó sus fuerzas. Tal vez porque sabía que faltaba algo.

Dos meses después del fallecimiento de Furia, luego de veinte largos años, El Turco firmó. Tal vez esa era la magia que todos decían que el perro tenía. O tal vez es que ella había prometido que no iba a morir hasta recuperar lo que era suyo. Mi abuela Hortensia, dos meses y nueve días luego, dejó vacía para siempre aquella esquina de calle de tierra. Ella siempre cumplía con sus promesas.

El problema está en la intolerancia

POR LUCIA FIORELLA PEROTTI

Finalmente emprendí mi viaje a América en un barco que zarpó de Sevilla con destino a Jamaica. Fueron solo dos meses pero los sentí como dos años. Me la pasaba descompuesto y mareado, sin embargo, llegué sano y salvo, listo para cumplir con mi propósito.

Una vez que arribé a Jamaica pasé cuatro días allí para luego embarcarme de nuevo hacia México. La noche me recibió en aquel lugar, así que decidí descansar y salir al otro día en busca de una nota que le diera a mi parca y corta carrera de periodista algo de vuelo. Se festejaba el aniversario de la independencia mexicana y quería sacarle provecho a mis raíces. Así que me adentré por el país de mis antepasados para ver qué conseguía.

Caminé sus calles, degusté sus sabores, observé rostros en los que podía reconocer algunos de mis rasgos, me deleité con sus colores y la alegría de sus cantos. Hablé con muchos hasta que me topé con un muchachito de unos 17 años que aseguraba tener una abuela conocedora de cuentos y secretos que quizás me interesaran. Fue así que fijamos un encuentro para el día siguiente.

Cerca del mediodía mi nuevo amigo, Yareth, pasó a buscarme para llevarme a su casa. Nos atendió su madre y nos hizo pasar. Desde la cocina apareció una anciana trayendo una fuente humeante que desprendía un aroma delicioso.

–Ella es Wara, mi abuela – comentó Yareth.

Compartimos un hermoso momento, comimos una rica tlayuda, nos conocimos más y les pude contar mi proyecto. En ese momento Wara dijo que tenía ganas de caminar y me pidió que la acompañara.

–Mi nieto dice que usted es periodista, de esos que escriben artículos que mucha gente puede leer. Me gustaría contarle una historia y luego juzgará usted si merece o no una página en su diario.

Empezó a caminar, yo la seguí y sin que le dijera nada empezó a hablar...

—Un día nuestra suerte cambió, llegaron para arruinarlo todo. Los dioses nos abandonaron, no sabíamos si era un castigo pero así lo parecía. Hombres blancos y armados creyéndose los dueños del mundo vinieron a matar y a robar, no solo objetos, hablo de creencias, idioma, alegría, esperanzas, el alma de los pueblos.

La miré y no hice otra cosa que asentir para que siguiera hablando, no quería interrumpir este relato que le había llegado de boca de sus ancestros desde aquellos tiempos remotos y que ahora me llegaba a mí como legado para intentar devolverles la voz a tantas personas que habían muerto en silencio y habían sido olvidadas. El mundo conocía la historia que habían escrito los vencedores. Pero toda historia tiene, al menos, dos caras y de esta manera me llegaba la otra postura, la de quienes no habían podido dar su versión de los hechos.

—Ellos decían que era su deber, que venían a mejorarnos y para eso debíamos ser como ellos porque eran superiores y civilizados. Lo único que hacían era maltratarnos, tratar de cambiarnos sin escucharnos, sin creer en la igualdad y la unión de pueblos. Solo nos veían como personas inferiores a las que debían domesticar.

Podía ver tristeza y dolor en su mirada.

—Las personas eran sometidas a la esclavitud, trabajando horas y horas sin descanso. Mujeres eran violadas por esos animales, niños separados de sus padres. Otros eran llevados en barcos sin saber en dónde terminarían.

Sentados en la placita de la esquina el tiempo y las palabras discurrían sin tropiezos. Wara estaba descubriéndome un mundo que me había sido negado, ocultado, tergiversado.

Cuando llegó el momento de despedirnos, agradecí de corazón su confianza y generosidad.

—No hay que agradecer, para mí es justicia hablar de esto— dijo la anciana en un tono de voz que creí sentir más aliviado y tranquilo.

—Ahora me toca a mí poner por escrito todas estas palabras que han sido acunadas por el viento durante tanto tiempo.

Cada uno se fue por su camino que, aunque fueran opuestos, se parecían.

La historia de Wara había ganado mis pensamientos. No podía creer la maldad que los españoles habían instalado en estas tierras.

Después de dos días ya estaba listo para volver a España. Estaba en los últimos preparativos cuando algo cayó desde un bolsillo de mi saco, una moneda antigua. Al instante pensé en Wara, estaba más que seguro que había sido ella quien la había dejado ahí. No pude evitar sonreír: ahora una parte de ella estaría conmigo siempre.

Durante los dos meses que duró el viaje de regreso me dediqué específicamente a hacer el borrador de mi artículo donde haría saber qué era lo que realmente había pasado desde la llegada del navegante genovés a tierras americanas.

Yo era muy consciente de las consecuencias que tendría publicar ese artículo, sin embargo sentía que era mi deber. Aunque no se pudiera hacer justicia, que otras personas conocieran la otra cara de la verdad era suficiente.

Ya en España, lo primero que hice fue dirigirme a la imprenta y empezar a transcribir el artículo.

“El problema está en la intolerancia” me había dicho Wara y ese fue el título que elegí para mi texto.

El diario se vendió en cantidades nunca antes vistas. Fueron muchas y muy distintas las reacciones. Perdí mi trabajo porque, según mi jefe, no se puede atacar de esa manera a quienes han ayudado a engrandecer el mundo. Pese a todo, estaba orgulloso de lo que había hecho. Había cumplido con mi propósito.



Un espacio para conectar
con tu proceso de envejecimiento.



¿Qué otras analogías podemos utilizar para dar cuenta de su paso?

Por ejemplo:

Creer en altura, cambiar los rasgos de la cara o del cuerpo, cuando ya no te entra la ropa del año pasado o los zapatos que utilizaste para el primer día de clases en marzo de 2020.



Las fotos también son un fiel reflejo de cómo vamos cambiando. Cuando las redes sociales me recuerdan en reuniones, eventos o con personas con las que he estado uno, dos, tres años atrás percibo en mi rostro y en mi cuerpo el paso del tiempo.

¿De qué otros modos podemos darnos cuenta de que el tiempo ha pasado?



Hace muchos años, me enojé con el paso del tiempo. No quería que fuera tan fugaz. Es cierto, de pequeña no le prestaba atención, de hecho no era algo que me preocupaba. Lo que sí recuerdo es que no veía las horas de cumplir años para que llegase el momento de que mi mamá me dejara pintarme los labios, manejar el Fiat 1500 de mi papá, salir sola con mis amigas o usar tacones. Ahora, ya de vieja, me río de lo tonta que fui. Todo eso llegó y pasó tan rápido que no puedo creer que ya tengo 76.

Googlealo te va a encantar!

¡Hola! Mi nombre es Porota. Sí, Porota. Como el poroto pero con "a" final. No me preguntes cómo me llamo realmente porque no lo recuerdo. Desde que tengo memoria todos me dicen "Porota". Soy una mujer mayor, vieja. No sólo soy mamá y abuela, también soy una mujer emprendedora, creativa, con deseos, proyectos y muchas

ganas de vivir. Mis días y semanas se combinan entre mis nietos y nietas, el trabajo, mis dos horas de gimnasia, mis partidos de **newcon** en el club y las tan necesarias clases de inglés (tengo planeado viajar en modo "work and travel" el año próximo).

*El **Newcom** es una adaptación del voleibol para personas mayores, donde la pelota no se golpea, sino que se atrapa y se lanza por arriba de la red. Surgió en 1895 en Nueva Orleans, Estados Unidos, y cada vez suma nuevos adeptos.

Lo cierto es que el tiempo pasa y a medida que pasa... vamos envejeciendo. Para muchas personas hablar de vejez o envejecimiento es algo feo, aburrido. A otras, las palabras viejo, vieja, vejez le generan miedo o rechazo. Y a vos... **¿Qué te genera, que sentís?, ¿qué imágenes te vienen a la cabeza?** ¡Hagamos una prueba! lee en voz alta los siguientes términos:

Este vóley adaptado en general se juega en equipos mixtos. Tiene como objetivo promover la actividad física, la recreación y el esparcimiento con el fin de mejorar la calidad de vida.

VIEJO - VIEJA - VEJEZ - ENVEJECIMIENTO

Anotá a continuación: **¿qué significan para vos cada una de ellas?**

VIEJO

VIEJA

VEJEZ

ENVEJECIMIENTO

Muchas veces, por razones que nos exceden, se imponen algunas formas de pensar que hoy quiero invitarte a interpelar, analizar, mirar, cuestionar... Te aseguro que si le preguntás a los adultos cercanos de tu vida **¿qué piensan de esas palabras, de esos términos?** te responderán muy diferente a tus anotaciones. **¿Hacemos la prueba?** Preguntale a dos o tres adultos/as de tu entorno (preferentemente que uno tenga más de 40, el otro más de 60 y el último más de 80) **¿cómo le resuenan las palabras viejo, vieja, vejez y envejecimiento?**

Apuntes

Comparemos... ¿tus respuestas fueron similares o diferentes a las de los adultos?

REPASEMOS!

Hablamos sobre las percepciones del paso del tiempo y sobre los términos vejez, viejo, vieja, envejecimiento.



check

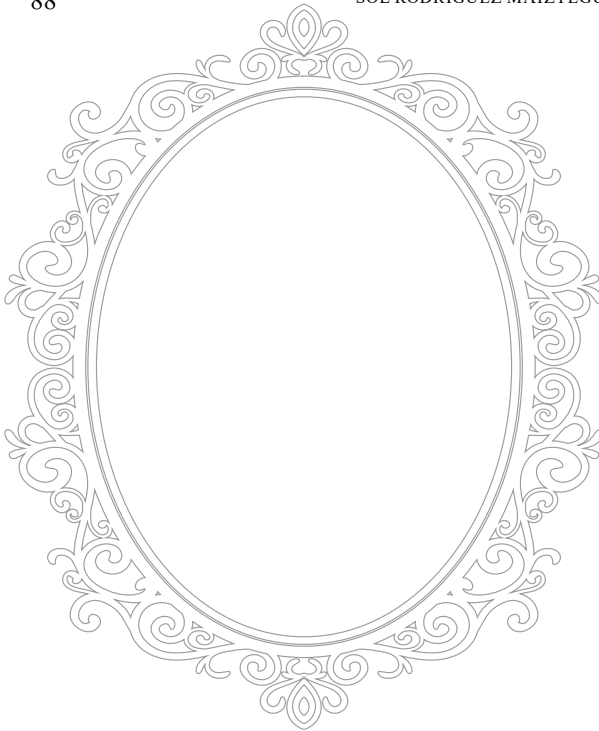
AHORA VAMOS A JUGAR!

¿Te imaginaste alguna vez con 60, 70, 80, 90... ¡100 o 110 años!?

¿Sí? ¿No?

¿Jugamos a imaginarnos viejos, viejas?

Podés dibujarte aquí o en otra hoja, cómo te ves con muchos, muuuuuuchos años más de los que tenés hoy. Por ejemplo, como yo, que tengo 76. ¿Te animás a dibujarte con 76 años?



Este ejercicio de imaginación no termina aquí. Te propongo que al costado de tu YO VIEJO/A llenes los siguientes datos:

- Nombre o sobrenombre:
- Edad:
- Color de pelo:
- Tipo de mirada:
- Tipo de sonrisa:
- ¿Qué sentís?:
- ¿Cuáles son tus sueños y deseos?
- ¿Te gustas o te disgustas?
- ¿Con quién compartís tu vida?
- ¿Qué haces cada día al despertar?
- ¿Jugás al Newcon, como yo, o hacés otro deporte?
- ¿Elegiste tener hijos/as? si - no (en caso de haber respondido "si")
- ¿Cuántos?
- ¿Nietos/as? si - no (en caso de haber respondido "si") ¿Cuántos?



Porota, 76 años
 pelo canoso
 soy abuela,
 emprendedora,
 juego al Newcon,
 estudio inglés,
 voy al gimnasio,
 ...

Acabamos de realizar un pequeño ejercicio futurista: jugamos a imaginarnos personas mayores. También podés hacerlo a través de la app "FaceApp", que en su momento fue furor, ya que nos permite en pocos segundos conocer una versión ficticia de cómo podríamos llegar a vernos de viejos.

No descargues ninguna aplicación en tu celular sin antes consultarle a una persona adulta.

¿CUÁNTOS AÑOS VAS A TENER EN EL 2050?

Lo cierto es que las personas cada vez ¡vivimos más! Según proyecciones demográficas de la Organización de las Naciones Unidas para el 2050 una de cada seis personas en el mundo tendrá más de 65 años (16%).

El envejecimiento es un proceso que, entre otras cosas, da cuenta del paso del tiempo. No te vas a convertir en una persona mayor de un día para el otro. Podrás imaginarte mayor a través de un dibujo o de una app, pero en la realidad te irás dando cuenta de tu propio proceso de envejecimiento, despacito, paulatinamente. Cuando yo era chiquita, no existían las redes sociales, los celulares, las computadoras... no existía Internet. No teníamos herramientas digitales para guardar fotos y apreciar cuánto cambiamos de un día, de un mes, de un año para el otro. En la actualidad, Google Fotos me recuerda qué hice o con quien estuve el año anterior o cinco meses atrás. Y no sólo eso, sino que además arma videos y collages ¡increíbles!

¡En este milenio mi proceso de envejecimiento no resiste un archivo! Y es gracias a esa función, activada de manera automática en mi celular, que puedo ir reparando en mis cambios especialmente físicos ya que los psíquicos y espirituales (por fortuna) aún no son almacenables. **¿No te pasa lo mismo cuando las redes sociales te recuerdan posteos de otros años? ¡A mi me gusta postear los jueves #TBT! Y a vos...¿qué te gusta recordar?**



#TBT es el acrónimo en inglés de "Throwback Thursday" una frase que puede traducirse como "jueves de retroceso", "jueves de volver al pasado" o "jueves del pasado". La etiqueta debe ir acompañada de una foto de la infancia o del pasado lejano del protagonista en cuestión y claro, debe ser publicada un día jueves. Es como un túnel del tiempo.

Acabamos de realizar un pequeño ejercicio futurista: jugamos a imaginarnos personas mayores. También podés hacerlo a través de la app "FaceApp", que en su momento fue furor, ya que nos permite en pocos segundos conocer una versión ficticia de cómo podríamos llegar a vernos de viejos.

No descargues ninguna aplicación en tu celular sin antes consultarle a una persona adulta.

¿CUÁNTOS AÑOS VAS A TENER EN EL 2050?

Lo cierto es que las personas cada vez ¡vivimos más! Según proyecciones demográficas de la Organización de las Naciones Unidas para el 2050 una de cada seis personas en el mundo tendrá más de 65 años (16%).

El envejecimiento es un proceso que, entre otras cosas, da cuenta del paso del tiempo. No te vas a convertir en una persona mayor de un día para el otro. Podrás imaginarte mayor a través de un dibujo o de una app, pero en la realidad te irás dando cuenta de tu propio proceso de envejecimiento, despacito, paulatinamente. Cuando yo era chiquita, no existían las redes sociales, los celulares, las computadoras... no existía Internet. No teníamos herramientas digitales para guardar fotos y apreciar cuánto cambiamos de un día, de un mes, de un año para el otro. En la actualidad, Google Fotos me recuerda qué hice o con quien estuve el año anterior o cinco meses atrás. Y no solamente eso, sino que además arma videos y collages ¡increíbles!

¡En este milenio mi proceso de envejecimiento no resiste un archivo! Y es gracias a esa función, activada de manera automática en mi celular, que puedo ir reparando en mis cambios especialmente físicos ya que los psíquicos y espirituales (por fortuna) aún no son almacenables. **¿No te pasa lo mismo cuando las redes sociales te recuerdan posteos de otros años? ¡A mi me gusta postear los jueves #TBT!** Y a vos... **¿qué te gusta recordar?**



#TBT es el acrónimo en inglés de "Throwback Thursday" una frase que puede traducirse como "jueves de retroceso", "jueves de volver al pasado" o "jueves del pasado". La etiqueta debe ir acompañada de una foto de la infancia o del pasado lejano del protagonista en cuestión y claro, debe ser publicada un día jueves. Es como un túnel del tiempo.

Si bien el paso del tiempo es inevitable, lo cierto es que cada vez las personas vivimos más. Según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) *“el aumento de la esperanza de vida ha sido un proceso constante y continuo desde el siglo pasado y se extiende hasta el presente. De un promedio aproximado de 59 años entre 1965 y 1970, se pasó a casi 76 años en el presente quinquenio (2015-2020). En promedio, la población ha ganado 17 años de vida en los últimos 55 años, es decir, 1,5 años por quinquenio”*.



Por esto, y algunos otros motivos, es que hoy nos encontramos hablando de temas vinculados a las personas mayores y al envejecimiento poblacional. En otras épocas, quizá en los tiempos de la juventud de tus padres, abuelos o bisabuelos, no era un tema susceptible de abordar. Sin embargo, que no se hablara no significa que alrededor de él no se fueran construyendo ideas y representaciones de lo que hoy decimos, sabemos y pensamos sobre la vejez. Lo queramos o no las personas vamos construyendo ideas sobre muchas cosas. Esas construcciones, la mayoría de las veces, están atravesadas por prejuicios y esos prejuicios van configurando estereotipos.

Heredamos muchos estereotipos y prejuicios.



MEDIDOR DE ESTEREOTIPOS Y PREJUICIOS

¡Me gusta jugar! Con mi nieto Santi inventamos juegos todo el día. Tanto jugamos que no sé como estar con él sin reír. Hace poco inventamos el ESPRETÓMETRO un "testómetro" (o probómetro) que sirve para medir el grado de estereotipos y prejuicios que tienen las personas sobre la #vejez. ¿Te animás a probarlo?

ESPRETÓMETRO (destaca con una \times la o las opciones que eliges)

1- Una persona mayor es...

- Un abuelo o abuela
- Un jubilado o jubilada
- Una persona sola
- Una persona
- Las opciones A, B y C son correctas

*Se puede elegir
más de una opción*



2- Una persona mayor tiene que...

- Leer del diario mientras le da de comer a las palomas en la plaza
- Cuidar a los nietos/as
- Mirar tele, dormir la siesta y salir a caminar
- Programar en una computadora
- Hacer un video en tik tok
- Estudiar en la escuela o universidad
- Enamorarse
- Todas son correctas
- Las opciones A, B Y C son correctas

3- Una persona mayor tiene que...

- Descansar
- Cuidar a los nietos/as
- No trabajar
- Empezar nuevos proyectos

- Hacer lo que desee y elija
- A, B y C son correctas

4- Las personas mayores son...

- Como niños
- Inimputables
- Cansadoras
- Solitarias
- Cómo desean y/o eligen ser
- A, B, C y D son correctas

5 - ¿Quiénes son viejos o viejas?

- Los trapos
- Quienes no saben divertirse en la vida
- Las personas mayores de 60 años

Si bien con el ESPRETÓMETRO lo que buscamos es medir cuán atravesados estamos las personas por los estereotipos y prejuicios hacia la vejez, el objetivo no es calificar las respuestas sino registrar nuestros propios pensamientos y representaciones y luego analizar cuán estereotipados y prejuiciosos son.

En general, las primeras opciones (1/ a,b,c - 2/ a,b,c - 3/ a,b,c - 4/ a,b,c,d - 5/ a y b) son las que están atravesadas por cosmovisiones que no representan a las personas mayores reales, las que nos rodean y forman parte de nuestras vidas. Sin embargo, cabe preguntarnos entonces por qué, si no representan la realidad, igualmente las hemos elegido o dudamos en hacerlo.

Asociamos a la vejez como una etapa de la vida quieta, pasiva, en

permanente espera e inactividad. Representamos a las personas mayores sólo bajo determinados roles (abuelos, abuelas, nonos, nonas, bobes, jubilados/as). Percibimos al proceso de envejecimiento como un recorrido plagado de deterioros. Muchas veces consideramos a la vejez como parte de un ciclo vital estrictamente vinculado a la soledad y a las pérdidas. Sin embargo, así como NO es cierto que:

- ~~Una persona con anteojos es más inteligente,~~
- ~~Una chica flaca es más linda,~~
- ~~o un chico musculoso e influencer en las redes sociales, el más ganador...~~

Tampoco es cierto que envejecer...

- ~~Te hará más feo/a~~
- ~~Evitará que puedas seguir haciendo las cosas que te gusten~~
- ~~Te hará menos vital y atractivo/a~~
- ~~Te irá dejando solo/a~~
- ~~Te convierte en una persona sabia~~



¿Qué más agregarías?, ¿qué otros estereotipos y prejuicios conocés o identificas que puedas detallar a continuación?

A large rectangular area with a light gray background and a grid of small dots, intended for handwritten notes.

Tendemos a creer que todas las personas mayores son sabias. Esto se llama estereotipo positivo. Le atribuimos a las vejeces cualidades que no todas las personas están dispuestas a desplegar o posibilidades para hacerlo. Recordemos que la vejez está conformada por personas de carne y hueso. Si personas con años con pasado, con vivencias y tres colimientos necesarios para desarrollar en la vejez ... sabiduría. Sin embargo, resta por honrar un aditio más: la capacidad de aprender de esas experiencias, de madurar y así poder gestionar la propia libertad.

Hablemos de vejece

La vejez es diversa, heterogénea, porque las personas también lo somos. Tendemos a homogeneizar, a mirar la vejez como algo compacto. Sin embargo, quienes envejecemos somos vos, yo, tus compañeros de escuela, tus maestros, tu papá, mamá, hermanos, vecinos, abuelos, todas, absolutamente todas las personas que te rodean y las que no, ¡también! 😊😊

Por eso no podemos hablar de un sólo modo de envejecer. A esto se le suma que no es lo mismo envejecer en el campo que en la ciudad, en Argentina que en Paraguay, Chile o Bolivia. En Europa, África y en Latinoamérica; en una casa, departamento o refugio. Tampoco es lo mismo la vejez para una persona que a lo largo de su vida pudo recibir educación y acceso a los bienes públicos que para aquellas personas que no pudieron estudiar y que han envejecido en entornos vulnerados.

Hay tantas vejece como personas mayores habitan en el mundo. Por lo tanto, las historias, vivencias y narraciones; experiencias y modos de comprender la vida son innumerables.

Una persona muy especial

En este apartado, quiero compartir una breve reseña de un gran emprendedor social de la red Ashoka que falleció en febrero de 2022. Se trata del Músico y Psicólogo Educativo Jorge Strada, fundador de **PapelNonos** (www.papelnonos.org) quien murió a los 74 años dejando un legado que definitivamente lo trasciende.



¿Qué es PapelNonos y quienes lo integran?

Para responder a estas preguntas voy a transcribir un pedacito de la entrevista a Jorge Strada que se halla publicada en la web de la organización. Te invito a leerla y a prestar especial atención en el foco que hace Jorge sobre la importancia de no perder, a lo largo de la vida, espacios protagónicos por envejecer.

Entrevistador (E): Por lo general la gente asocia el nombre de Papelnonos con una orquesta de Personas "Grandes" que hacen música con instrumentos de papel. ¿Esto es así, no?

Jorge Strada (JS): Creo que es así. Ocurre que es lo que más ha impactado y que tiene que ver con los inicios de lo que luego se fue convirtiendo en un Programa Social. En el año 1989, luego de haber hecho un taller de construcción de instrumentos musicales con papel destinado a un grupo integrado por unos quince "viejitos", formé con ellos una rudimentaria agrupación utilizando, precisamente, los propios instrumentos que habían aprendido a construir. Desde entonces y hasta el presente hemos transitado una curiosa y fascinante aventura que no deja de asombrarnos.

E: ¿A qué te referís?



JS: Al crecimiento, aprendizaje y derivaciones que partieron de un simple juego, como fue el ponernos a hacer un poco de ruido con unas simples bombillitas de papel. Claro que no advertimos en ese momento que se trataba de un ruido que alguna gente y luego mucha quería escuchar. "Un ruido interesante" que provenía de los viejos, de un sector al que se le había reservado, entre otras cosas, el silencio. Poco a poco, casi como un contagio, como la expansión horizontal de una planta rizomática, se fueron sumando viejos y más

viejos que deseaban y que querían hacerse oír, de alguna manera. Y también hacerse ver, quizás esa otra necesidad. Creo que estas dos cuestiones nos motivaron a empezar a ver las cosas de otra manera; quiero decir que se quería llamar la atención para que alguien nos escuchara y nos viera. Por empezar.

Nosotros entendemos que "La Vejez es lo que hacen los viejos". Desde esta perspectiva creemos que es posible imaginarnos la "construcción" de un modelo que no nos espante o que nos llene de resignaciones. La idea central es revisar los conceptos que derivan de las limitaciones y prejuicios sobre la vejez y resignificarlos en un marco de desafíos y alternativas viables. Poner bajo sospecha el "no puedo" y promover los interrogantes del "deseo". Nuestro trabajo se orienta precisamente en ese sentido: indagar, promover y sobre todo canalizar el deseo.

El ejemplo de Jorge, quien gestó el proyecto de PapelNonos cuando era joven y lo sostuvo hasta sus últimos días es uno de los muchos que las vejeces tienen para compartir, ofrecer, legar, heredar y gestar.

¡Hablemos de tus personas mayores referentes!

¿Cómo se llaman?

¿Quiénes son?

¿Qué hacen?

¿Cuáles son sus habilidades?

¿Por qué te gustan o llaman la atención?

Si tuvieras que escribir una breve reseña de ellos/as para presentarlos en una red social... ¿qué dirías, qué escribirías?

En estas páginas vas a encontrar miles de testimonios de personas mayores reales, anónimas que tienen mucho para compartir y legar:

www.fnv.org

www.elclubdelaporota.com.ar

La convención de protección de los derechos humanos de las personas mayores

Durante muchos, muchos años las personas mayores han sufrido grandes abusos y violaciones a sus derechos por su natural condición de personas mayores; viejos, viejas. Vivimos en un mundo al que le cuesta abrazar los años; comprender que el proceso de envejecimiento es parte de la vida, que envejecer es vivir y vivir es envejecer. La gran paradoja, la gran contradicción del siglo XXI es querer vivir más pero no envejecer. ¿Lo ves posible?, ¿acaso es factible detener el paso del tiempo?

En 1948 representantes de muchos países de América crearon la Organización de los Estados Americanos (OEA) organismo que tiene como objetivo discutir los problemas del continente americano. El 15 de junio de 2015, este organismo aprobó la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores. Argentina, adhirió en el año 2017 a través de la Ley 27.360.

El documento de la Convención es una herramienta muy importante para comprender de qué modo, durante mucho tiempo, los derechos de las personas mayores han sido vulnerados y no sólo eso, para comprender cuáles son y porqué debemos respetarlos. En esta oportunidad, te la presento, con el propósito de que puedas descubrir en ella los estereotipos y prejuicios que intenta deconstruir, cuestionar, invalidar y evitar que se sigan reproduciendo.

Accede a través de este código QR a la versión de lectura fácil de la convención interamericana sobre la protección de los derechos humanos de las personas mayores.



Por las dudas elijas demorar la activación del código te comparto sólo el PREÁMBULO DE LA CONVENCIÓN. Lo lees en un minuto y de paso vas conociendo los derechos que promueve.

“Todas las personas tienen derechos. El reconocimiento de los derechos de todas las personas asegura libertad individual y justicia social en el mundo.

Todas las personas tienen derecho a vivir en un mundo sin miserias. Todas las personas deben disfrutar sus derechos, en condiciones de igualdad. Nadie debe discriminar a las personas mayores por su edad. Debemos eliminar la discriminación en el mundo.

La justicia social es el reparto equitativo de bienes, cosas y oportunidades en una sociedad. Las personas mayores hacen aportes a su comunidad. Los aportes de las personas mayores ayudan a que todas las personas desarrollen sus capacidades y vivan mejor. Debemos valorar los aportes de las personas mayores a su comunidad. Las personas mayores tienen derecho a:

- tener una vida plena y saludable,
- tener una vida segura,
- tener una vida autónoma e independiente,
- integrarse a su comunidad,
- participar de las actividades económicas,
- sociales y culturales de su comunidad,
- elegir a sus representantes,
- formar parte del gobierno de su país.

Las personas tienen una vida autónoma cuando pueden pensar, sentir y tomar sus propias decisiones. Las personas tienen una vida independiente cuando pueden valerse por sí mismas. Los países de esta convención se comprometen a: atender los asuntos que involucran a personas mayores, sin importar si son hombres o mujeres, trabajar juntos para hacer valer los derechos y libertades de las personas mayores, proteger los derechos y libertades de las personas mayores, crear leyes y desarrollar acciones para prevenir el abuso, el abandono y otras formas de violencia contra las personas mayores”.

VAMOS A JUGAR CON LOS PERSONAJES DE LOS CUENTOS!

El concurso de cuentos "Esther Kolonsky" propuso como eje de las historias el tópico: "No hay edad para transformar la realidad". ¿Por qué crees que el eje del concurso orbitó alrededor de la afirmación: "no hay edad para transformar la realidad"? ¿qué es lo que da por sentado?, ¿acaso, en algún lugar de nuestro inconsciente habita la certeza de que hay edades para aprender?
¿Qué piensas?

¿Qué estereotipo intenta interpelar el concurso de Ashoka, "Esther Kolonsky"?

¡Conocé más de Ashoka!



¿SABÍAS QUE...?

¿...Ashoka es una organización internacional que promueve emprendimientos sociales mediante la afiliación de emprendedores sociales sin distinción de edad?

¿... se puede ser un emprendedor o una emprendedora a cualquier edad y que por eso Ashoka pone la lupa en las personas y sus propósitos y no repara en sus edades?

¡Ahora sí! Te propongo que respondas una serie de preguntas de múltiples opciones para luego jugar con cada uno de los personajes.
¿Cuáles son los roles que en general asumen las personas mayores en los cuentos?

- Superhéroes
- Abuelos/abuelas
- Detectives y policías
- Otros roles (escribe aquí lo que desees agregar)

¿Cuáles son los temas que en general se abordan en los cuentos que tienen como protagonistas a las personas mayores?

- Amor
 - Muerte y enfermedad
 - Cuidado del medio ambiente
 - Otros temas (escribe aquí lo que desees agregar)
-

¿Cómo te imaginas a las personas mayores de los cuentos?

- Activas
 - Sentadas
 - Durmiendo
 - Esperando
 - Otras opciones (*escribe aquí el lo que desees agregar*)
-

Hemos visto y reflexionado sobre muchos conceptos vinculados a la vejez y personas mayores, por eso me animo a preguntarte:
¿qué conclusión merecen las opciones que elegiste en las múltiples opciones?

Avatars + 60 con los personajes mayores de los cuentos del concurso

PROTAGONISTA	CUENTO	AUTOR
Juan	Anhelo de Locos	Lara Schusman
Ángela	Postales reveladoras	Ludmila Trezza
Jacob Frye	Londres	Thiago Zoppi
Roberto	Chocolate y Rosas	Victoria Marilina Fernandez Salgueiro
Elena	En esta vida o en otra	Victoria Lombisano
Rosita y sus amigas	Las abuelitas de acero	Milagros Balbuena
Alberto	No hay edad para triunfar	Clara Díaz Guiñazú, Margarita Priore, Pilar Collazo
Tito	El bar de Tito	Por Nevil Ridiero
El abuelo de Valentín	El Abuelo	Melina Baez
Juana	Fin del mundo	Valentina Constanza y Charlotte Carral Cruz
Don Mario	Cartas a un abuelo en cuarentena	Karen Ayala
Celia	Sobrevivir al olvido	Raquel Roldán
Viejo	El 60	Agustina Irigoitia
La enfermera del pueblo (Luisa)	Sin esperanzas	Joaquín Guzmán
Abuela	Abuela	Lucía Saucedo
Familia del abuelo	A dónde fue el abuelo	Morena Hidalgo
Nieto, abuelo, Carlitos	La plaza de Carlitos	Julieta Azcurra
Talía	Visibilizadas	Daira Aguilar
Abuela Hortensia	Furia	Agostina Ronchi
Periodista y Wara	El problema está en la intolerancia	Lucía Fiorella Perotti

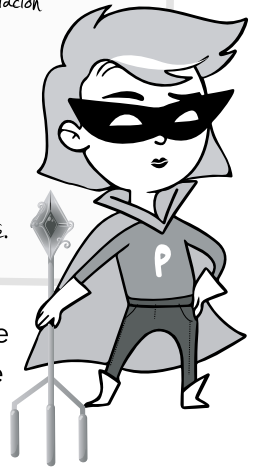
¿Creamos, inventamos e imaginamos avatars +60 con superpoderes?. El objetivo es que los avatars sean los protagonistas de los cuentos de este maravilloso concurso. Pueden ser Juan, Tuto, Juana, Talía o la abuela Hortensia. Se trata de las mismas personas mayores que esta vez asumirán roles diferentes a los que adoptaron en las historias que leíste. Utilizá toda tu creatividad. Voy a comenzar yo regalándote un ejemplo conmigo misma

NOMBRE *Porotash*

VESTIMENTA *Jean azul elástico, me protege del frío en climas helados y del calor en zonas de altas temperaturas. Remera de neoprene amarilla con luces y batería solar. Se ilumina automáticamente por las noches y me invisibiliza durante el día. Anteojos de sol con aumento. Visión nocturna y láser con radiación electromagnética. Zapatillas blancas antideslizantes.*

HERRAMIENTA DE COMBATE *Bastón de tres pies.*
Al activar su base me teletransporta al lugar que quiera.


SUPERPODER *Puedo teletransportarme y escuchar la voz de tu mente.*



Ahora te toca a vos. Te desafío a que cada personaje cuente con alguna de las siguientes herramientas de combate cargada de superpoderes:



NOMBRE	VESTIMENTA	HERRAMIENTA DE COMBATE	SUPERPODER

Antes de despedirme te quiero invitar a que conozcas a otras personas mayores. Algunas se asemejan a los personajes del concurso, otras son muy diferentes. Hay vejeces. Recordemos que la vejez es heterogénea, diversa y la Fundación Navarro Viola y el Club de la Porota, lo saben. Por eso, han creado un Registro Federal de Vivencias y Saberes +60 al que llamaron VOCES MAYORES. Ingresá a www.fnv.org.ar o a www.elclubdelaporota.com.ar y descubrí infinitas maneras de ser protagonista en la vejez. 

Me tomé el atrevimiento de acortar camino y elegir algunas historias del registro en tres formatos: video, texto y audio. Deseo que las disfrutes tanto como yo.



Texto de
Cecilia Schulten
(Neuquén)



Podcast de
Susana Báez
(Córdoba)



Video de
Susana Moreno
(Buenos Aires)



Video de
Marcelo Imbaud
(Tucumán)

... en tan sólo 25 años habrá en el mundo más personas mayores de 60 años que menores de 15?

... con algo de suerte, viviremos más años siendo personas mayores que jóvenes?

... ustedes, los jóvenes de hoy, podrán proyectarse centenarios?

¿SABÍAS QUE...?

Todo siempre, tiene un final. Todo termina...

¡Estamos invitados a conectar con la vida hasta el último minuto! A inventar nuevas formas de envejecer. Nada está escrito. El siglo XXI es el siglo del envejecimiento poblacional.

Descubramos la belleza que nos habita. El deseo, la vitalidad, la potencia, los proyectos.... no entienden de edades.

LAS PERSONAS MAYORES DE HOY SOS VOS, CON MÁS AÑOS.

Cuando mires a una persona mayor, cuando la juzgues por su vejez, pensá en cómo te gustaría que te traten. El camino de tu vejez lo construis ahora.

Porota soy yo, sos vos, somos todas las personas envejecientes.

¡Gracias!

Porota

Material para ampliar la mirada



Página web destinada a la promoción de actividades para personas mayores



#sinestereotiposhaybuentrato: breve video tutorial para comunicar, escribir, pensar una historia con personas mayores sin prejuicios y **viejismos**



Vivir es envejecer: ¿Te imaginaste alguna vez con 100, 120 años? charla Tedx

Viejismo: definido como el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a las personas mayores exclusivamente en función de su edad y condición de persona mayor. El viejismo es un concepto desarrollado inicialmente por el psiquiatra norteamericano Robert Butler en la década de 1970.

Acerca del jurado...

Jimena Zurschmitten

Tengo 13 años y soy de San Jerónimo Norte, una pequeña ciudad al interior de Santa Fe. La pandemia fue un período muy revelador para mí. Allí tuve el tiempo para centrarme en dos cosas que me apasionan hacer: Leer y escribir. Primero leí mucho, por muchas horas. Era mi arcoíris dentro de la cuarentena. Después comencé a interesarme en escribir mis propios cuentos, poder tomar las decisiones y dejar rienda suelta la imaginación... y así surgió Evaluna: una amistad que va más allá de los planetas, en noviembre del 2020. Más adelante y con el impulso de todos los mensajes de aliento saqué su segundo tomo, Evaluna. un viaje revelador, en junio de este mismo año. No me canso de buscar herramientas para seguir utilizando esta pasión que tengo, cursos, talleres, concursos literarios, porque aún me queda mucho por aprender.

Magdalena Saieg

Es Directora Ejecutiva de la Fundación Navarro Viola. Es Lic. en Administración de empresas de la Universidad Nacional de Tucumán, con una especialización en organizaciones sin fines de lucro de la Universidad de San Andrés y una Maestría en curso en Políticas Educativas de la Universidad DiTella. Desde hace más de 20 años trabaja en organizaciones de la sociedad civil, liderando diversas iniciativas y programas.

Sol Rodríguez Maiztegui

Es Licenciada en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Córdoba y diplomada en Gerontología Comunitaria por la Asociación Latinoamericana de Gerontología Comunitaria, la OISS y el Ministerio de Desarrollo de la Provincia de Córdoba. Es la creadora e impulsora de la propuesta de comunicación y vejez de “El Club de la Porota:

Personas que Abrazan la Edad”. Diserta sobre vejez y envejecimiento en diferentes ámbitos académicos e institucionales y ejerce el periodismo gerontológico en medios de comunicación. Coordina el ciclo para pensar las vejeces sin estereotipos que impulsa la Universidad Tecnológica Nacional, Regional Córdoba. Representa a la incubadora de emprendedores de la UTN Córdoba, ANDÉN y es co- creadora, junto con la Fundación Navarro Viola y el Club de la Porota del primer Registro Federal de Vivencias y Saberes +60: VOCES MAYORES.

Bernardo Beccar Varela

Nacido el 24 de octubre de 1974. Abogado especialista en Derecho de Familia y Sucesiones, socio del Estudio Moltedo y escritor. En 2010 se publicó “Retiro Tigre, el tren de la conjura (Ed. Lumiere) y en el año 2018, “El Ahogado” (Ed. Emecé). Esta última novela fue finalista y recibió una mención de honor en el Premio Clarín de Novela de 2016.

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Junio de 2022

